

## RECORDANDO LA CUEVA DE LOS HORNUCOS, SUANO (HERMANDAD DE CAMPOO DE SUSO, CANTABRIA)

REMEMBERING THE CAVE OF LOS HORNUCOS, SUANO (HERMANDAD DE  
CAMPOO DE SUSO, CANTABRIA)

Cesáreo Pérez González  
*IE Universidad, Unidad de Arqueología*  
cesareo.perez@ie.edu

Eusebio Dohijo  
*Antiquity & Middle Ages Research Centre*  
eusebio.dohijo@csic.es

Andrés Pérez Arana  
*Antiquity & Middle Ages Research Centre*  
perezarana@hotmail.es

### Resumen

*Este trabajo pretende poner al día el conocimiento de los restos arqueológicos que han llegado hasta nosotros de la cueva de Suano. Para ello, hemos consultado y dibujado los objetos materiales conservados en el MUPAC (Santander) y el MAN (Madrid). Nos ha sido de gran utilidad la consulta del diario de excavación de J. Carballo para entender el contexto de los objetos estudiados. El diario y las distintas publicaciones generadas en el tiempo sobre el enclave, nos han permitido reflexionar sobre la metodología aplicada por los responsables de la excavación, además de aproximarnos al ambiente y paisaje de la cueva de Suano en los años treinta del siglo veinte.*

**Palabras clave:** *Bronce Medio, Bronce Final, Tardoantigüedad, Cueva de Suano, Cantabria.*

### Abstract

*This paper intends to bring up to date the knowledge of the remaining archaeological finds from Suano Cave. With that purpose, the authors have consulted and drawn all the objects located in the MUPAC (Santander) and the MAN (Madrid). J. Carballo's site diary proved to be advantageous when trying to understand the context of the studied objects. The diary and other documents published over time, allowed the authors to better understand the Cueva de Suano's surroundings and its landscape in the 1930s, as well as to ponder on the methodology employed during the excavation works undertaken at the time.*

**Keywords:** *Middle Bronze Age, Late Bronze Age, Late Antiquity, Suano Cave, Cantabria.*

## Introducción

La Cueva de Los Hornucos en Suano (Hermandad de Campoo de Suso) es uno de los clásicos yacimientos arqueológicos que ha despertado un cierto interés social ya desde antes de su propio estudio científico efectuado por J. Carballo el año 1935. Nuestro contacto con este yacimiento se puede situar en torno a los años 1979-1980, cuando uno de nosotros realizaba sus prácticas de licenciado en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander —hoy de Cantabria (MUPAC)— bajo la tutela del director del centro en aquellos años Dr. M. Á. García Guinea. Por aquella época procedíamos a organizar una parte de sus fondos, y entre otros restos existían algunas —escasas— cajas que contenían varios, no todos, materiales estudiados por Jesús Carballo. También, por esas fechas Ramón Bohigas (1982a: 91-93) hacía acopio y consulta de los materiales de Suano para incluirlos en su tesis doctoral, singularizando que los materiales cerámicos eran factibles de nuevos estudios en función de los progresivos avances que se estaban realizando sobre las cerámicas medievales por miembros del propio museo.

En la década de los años 90 del siglo pasado, cuando realizábamos una investigación sobre las hebillas visigodas procedentes de la provincia de Palencia, tuvimos la posibilidad de conocer la existencia de algunos materiales arqueológicos depositados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (MAN). Entre ellos nos llamó la atención la presencia de una hebilla procedente de Suano (Reinosa) y en cuya ficha constaba su ausencia por tenerla en estudio el conservador de dicho museo Dr. Caballero Zoreda. Este dato nos llevó a interesarnos por los objetos de este yacimiento que obraban en dicho museo, y la indagación nos acercó a consultar y poder dibujar el lote de piezas, exceptuando la hebilla mencionada.

El hecho de que algunos estudios recientes consideraran estos restos materiales como desaparecidos (Hierro, 2002: 116; Peña Suárez, 2006: 184) nos ha animado a redactar este trabajo con el ánimo de recordar la ubicación en el MAN de una parte de los materiales; reencontrarnos y poder analizar los restos conservados en el MUPAC y así justificar la pertinencia científica de este trabajo en estos momentos.

La información, siempre parcial, de la que disponemos al contemplar ambos conjuntos de materiales dispersos, nos aproxima a lagunas importantes para enfocar cualquier estudio actual de la Cueva de Suano. No obstante, no seremos nosotros los que critiquemos la metodología arqueológica aplicada en su momento en esta intervención de los años 1934-35, que sin duda para esa época tal vez era la adecuada. Desgraciadamente comienza a ser bastante repetitiva entre arqueólogos establecer una crítica a las metodologías aplicadas en intervenciones arqueológicas antiguas sin ofrecer soluciones realistas. No cabe duda que la ciencia avanza progresivamente con el paso del tiempo. En líneas generales, casi todos nuestros trabajos histórico-arqueológicos actuales, por muy perfectos y documentados que parezcan, contienen lagunas y variados problemas metodológicos.

## Localización y descripción de la cavidad

La cueva de Los Hornucos se encuentra en el término municipal de la Hermandad de Campoo de Suso, cercano al pueblo de Suano, en el área conocida como Rozadío. Los referentes geográficos del lugar son sendos montes, Endino y Peña Castillejo. La cavidad se sitúa en una de las vaguadas con orientación norte, en la que discurre el Arroyo de Ricueva, tributario del río Izanilla, que nace justo debajo de su boca. Así, allí se localiza la cavidad. A media ladera, a una altitud de 962 metros sobre el nivel del mar, y también con orientación norte se ubica la boca de la cueva, en forma de vestíbulo con cubierta.

El abrigo presentaba unos 7 metros de profundidad y 13 metros de ancho, con un frente de piedras como murete. La oquedad se prolongaba hacia el lado este, iniciando una estrecha galería de 1 metro y medio de ancho, por 5 de longitud, que de antiguo debió tener un acceso más reducido, de ahí su denominación como *“Paso del Sapo”*. Tras este punto se ensancha la galería, creándose una pequeña sala, denominada como *“Galería del Yacimiento”*, al ser el lugar en el que el padre Carballo realizó sus excavaciones. La sala tiene unas medidas máximas entorno a los 6,5 metros de ancho por 36 metros de longitud. Tras ella, aparecen otras dos salas consecutivas, la primera de menor tamaño que la anterior (en torno a 5 metros de ancho y largo) y la segunda es bastante mayor (unos 25 metros de ancho por 16,5 de largo). La cueva mantiene esa misma dirección (unos 50 metros) hasta que vuelve a girar al oeste, volviéndose a estrechar la galería, momento en que se bifurca —a causa de un derrumbe central— en dos pequeños ramales que se unen en otra gran sala. Allí la caverna se divide de nuevo en dos galerías. A la derecha existe otro derrumbe, dejando dos estrechos pasillos. La longitud de este ramal es de unos 100 metros. En cambio, el ramal del sur se agranda en una sala más amplia. Tras esta sala, la cueva vuelve a bifurcarse debido a un gran derrumbe, que anticipa la mayor de las salas. En un divertículo de la misma comienza la *“Galería de los Cráneos”*. La cueva forma parte de un pequeño sistema kárstico originado por la circulación de las aguas que bajan desde la Sierra de Endino. Su evolución hídrica fue descrita por Bohigas, Crespo y Tortajada (1981), en la que se observaba su desarrollo en distintas fases, y en las que a diferentes niveles unos conductos ya no son activos, estando taponados, mientras que algún otro continúa circulando, como el final de la *“Galería de los Cráneos”* o el que en la actualidad surge el río que nace en la boca de la cueva (Fig. 1).

En el momento del descubrimiento se aprecian diversas opiniones sobre la accesibilidad a la cueva. Hoy, es relativamente accesible en gran parte de ella, a excepción del final de la galería más profunda, en el que el espacio se va reduciendo hasta obligar a gatear.

Se ha considerado que se usase tanto como un lugar de hábitat como funerario, o ambos en los diferentes momentos cronológicos. Así, a través de los restos materiales dejados en las diferentes galerías y en el abrigo se evidencian ocupaciones —al menos— durante el Bronce Medio-Final y todo el periodo final del mundo tardorromano, incluida la época visigoda, prolongándose al medievo.

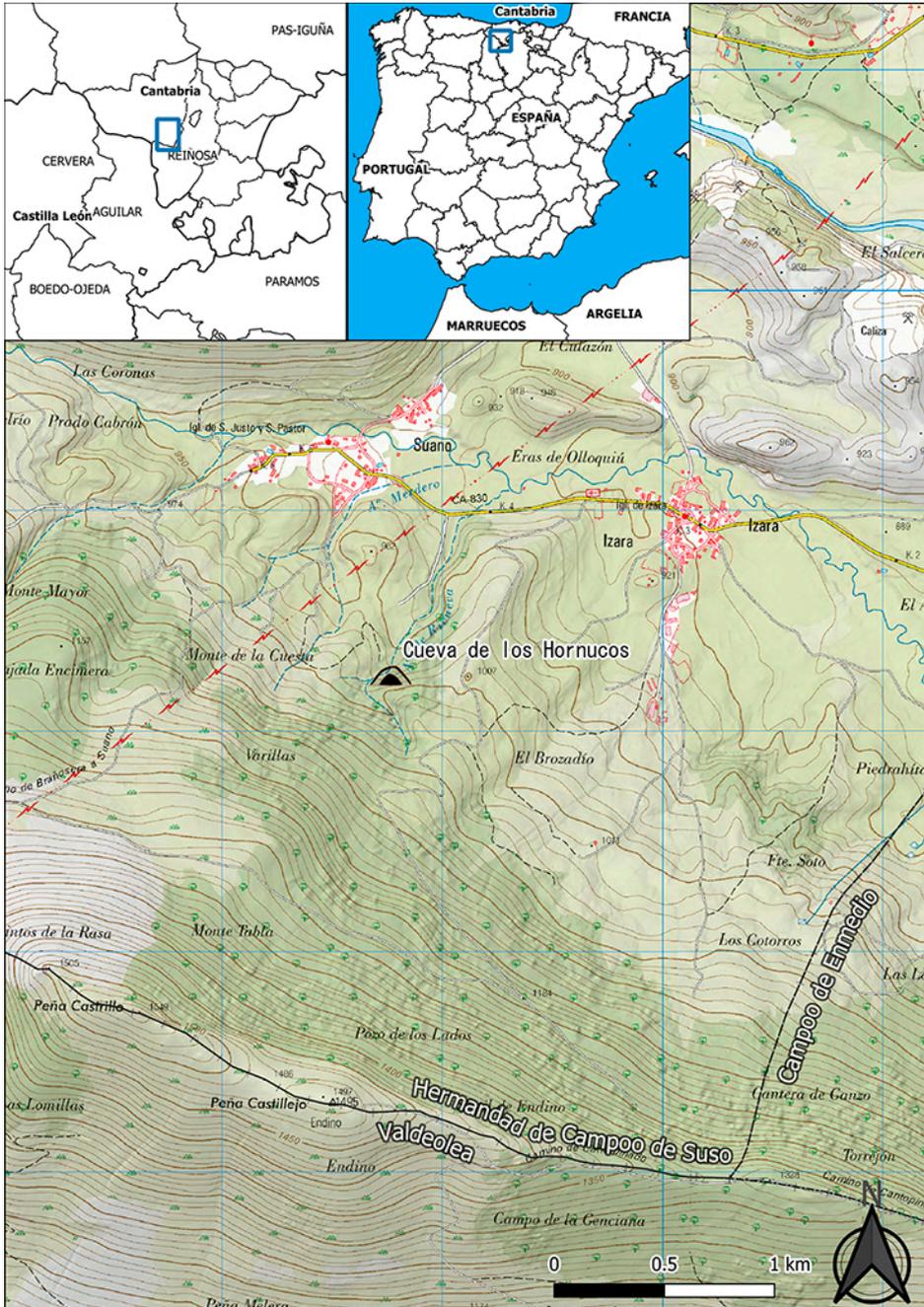


Figura 1. Localización de la cueva de los Hornucos (Suano).

## Historiografía sobre la cueva de Los Hornucos

La repercusión científica de la cueva de Suano en la historiografía no ha sido lo necesariamente valorada para un yacimiento de sus características, tan novedoso para la ciencia arqueológica en la época en que se descubrió.

A J. Carballo se le conoce fundamentalmente por sus aportaciones sobre el Paleolítico cantábrico; por sus intentos de descifrar el arte esquemático; por sus acercamientos y primeras campañas realizadas en *Iuliobriga* (Retortillo, Reinosa) y por sus escritos novelescos tomando como referencia el mundo prehistórico.

No queremos imitar la metodología tradicional de la época, ni utilizar el proceso que habitualmente ejercía en sus investigaciones sobre el arte rupestre español el abate Breuil. El proceso consistía en encargar a los “*hijos del pueblo*” o “*naturales del país*” la exploración de cavernas o cuevas para, con posterioridad, realizar él mismo el examen, revisión y publicación de lo encontrado, o lo que hoy conocemos como el “estado de cuestión”.

En nuestro caso, solo queremos recordar y resaltar la cueva de Los Hornucos. Suano conserva la primera caverna en ser explorada científicamente en la primera mitad del siglo XX en la zona meridional de la Cordillera Cantábrica. A Jesús Carballo, encargado de la excavación real, le sirvió para poder clarificar la presencia o ausencia de restos prehistóricos en cuevas de los valles de Campoo. La carencia entre los hallazgos de restos asignables a la industria paleolítica significó para Carballo un cierto “desencanto”. No obstante, sus trabajos sirvieron para analizar y reflejar —de acuerdo con la metodología imperante en su época—, la primera documentación de la presencia humana en la Prehistoria Reciente (Bronce). También la documentación de restos antropológicos y de los útiles utilizados en época tardoantigua y medieval. Por ello, es conveniente recordar al precursor y primer director del MUPAC J. Carballo como uno de los iniciadores de los trabajos y estudios de estos periodos en Cantabria, y también recordar la vertiente difusora de su actividad<sup>1</sup>.

En ocasiones se ha destacado que la investigación arqueológica de la Tardoantigüedad en la “teórica” Cantabria Antigua se iniciase con el hallazgo e investigación de la cueva de Los Hornucos (Fernández González: 2015: 16), más los hallazgos en la cueva del Cudón (Alcalde del Río, 1934), al ser las primeras estaciones en publicarse, pero parece ser que ese galardón se lo disputaría con los producidos en la Mina “El Milagro” (Asturias) (Blas Cortina, 2004; Hierro, 2011: 350-351). Más que lo anecdótico de este juicio, el aspecto que resulta elocuente es que en este periodo —justamente antes de la Guerra Civil— es el momento en el que se comienza a identificar la toreútica de época visigoda; cuando comienza a tener sus primeras sistematizaciones y por tanto empieza a asociarse a esa época histórica hallazgos casuales y excavaciones arqueológicas a nivel general en toda la Península Ibérica (Dohijo, 2017: 210-212).

---

<sup>1</sup> Así lo recogía A. García Cantalapiedra en las memorias de la Biblioteca Popular de Torrelavega: Curso 1931-32: El día 18 de diciembre, charla del P. Carballo sobre “*La vida en los abismos de la tierra*”. Curso 1935-36: El día 15 de noviembre de 1935, “*la conferencia inaugural corrió a cargo del Padre Jesús Carballo, que habló de la cueva de Suano, exponiendo una serie de consideraciones sobre la utilización que, a su juicio, la había dado el hombre desde la Prehistoria hasta bien entrada la Edad Media*” (García Cantalapiedra, 1988: 58 y 79).

La genérica difusión de la cueva de Los Hornucos no se conoce hasta los primeros años de la década de 1930, cuando la cavidad aparece en el escenario regional y nacional debido a los tres intelectuales que protagonizaron su descubrimiento científico y las referencias en la prensa de la época. A través de estas narraciones se puede reconstruir la secuencia de los distintos descubrimientos, observándose cómo los primeros hallazgos se producen como consecuencia de unas rebuscas “clandestinas” que desembocarán en las excavaciones oficiales practicadas.

La cueva era conocida desde el siglo XIX, aunque fuese olvidada más tarde. Luis Hoyos narra como ya en 1901 visitó la cueva junto con el Comandante de la Guardia Civil, Sr. González, y el Dr. Mateos. En la exploración se recogieron algunos restos óseos (una vértebra humana y pequeños huesos de animales/roedores), que remitió al Jefe de la Sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales, Sr. Salvador Calderón (Anales del Museo Nacional de Antropología, 1996: 265-266; Bolado, 2012: 33), y además se dibujó un primer plano de la cueva. A partir de entonces, ésta fue frecuentada por excursionistas hasta principios de julio de 1934, momento en el que cambia su devenir (Hoyos, 1940: 103-104). Es en este momento cuando Carlos Navarro, acompañado por Ricardo García Díaz, médico de Reinosa, y por Antonio Fernández Carpio —considerado como el descubridor de la misma— realizaron lo que el primero denominó como su “*primera visita a la cueva*”. La inspección fue algo más que un simple reconocimiento del lugar; el propio Navarro (1934: 226) señala el hallazgo de un cenizal a 50 metros de la entrada, teniendo por debajo una capa estalagmítica y restos de trigo carbonizados junto con residuos de comida “(*huesos pequeños, la mayoría de aves*)”. A ello habría que sumar varios fragmentos de cerámica arrinconados, detectados en la superficie del mismo lugar<sup>2</sup> (*ibid.*: 225).

Esta visita causó un inusitado interés y curiosidad en varios vecinos, al haber visto a los arqueólogos entrar en la cueva. El habitual anhelo de encontrar tesoros surgió, incluso de forma competitiva, y la rebusca emerge nada más abandonar el lugar los arqueólogos. Así, unos jóvenes “*mozos*” de Villacantid, “*provistos de luces y herramientas*”, se adentran en la cueva; desescombraron o abrieron la entrada de lo que era una nueva galería en la zona más profunda, y hallaron distintos restos óseos humanos<sup>3</sup>, por lo que aquella se denominó como “Galería de los Cráneos”. La imaginación y el afán de protagonismo llevaron a éstos a alardear entre ellos sobre el descubrimiento de pellejos llenos de oro; el revuelo surgido en la cercana Reinosa debió ser llamativo. Carballo achaca a la incultura popular la consiguiente destrucción de restos óseos, “*jugando con los cráneos*”, unido a la codicia, al extraer un “*pucherito de cerámica*” con la finalidad de venderlo (Carballo, 1935a: 234-235). Pronto, este hallazgo “macabro” salta a la luz pública a partir del día 29 de julio, siendo divulgado a nivel nacional por la prensa que enaltecía a los jóvenes como los protagonistas del descubrimiento. Se destacaba la longitud de la cueva, 1000 metros de longitud; el tiempo del trayecto, dos horas andando; más la singularidad de lo

<sup>2</sup> Este recipiente es el publicado por Navarro como figura 1 (1934: 228-229).

<sup>3</sup> Cinco enterramientos (Navarro, 1934: 226) o “*un crecido número de esqueletos humanos*” (Carballo, 1935a: 234).

allí encontrado: cerámicas prehistóricas y 34 esqueletos; y se anunciaba la presencia de periodistas y arqueólogos que prolongasen las excavaciones<sup>4</sup>.

El periodista Jesús Nieto Pena (El Heraldo, 31 de julio de 1934: 6), trasladado allí *ex proceso* para cubrir la noticia, transcribe las declaraciones del padre Carballo, tras visitarla. Aportó otros datos interesantes, como que la cueva había servido de refugio a caminantes y vagabundos; que fue considerada por los lugareños como una mina antiquísima; los nombres de los excursionistas; la accesibilidad asequible del recorrido cavernario; cómo se “*tropezaron con restos humanos y otros objetos que recogieron y amontonaron*”; y cómo se conservaban 30 esqueletos humanos, restos de animales y alfarería. También narra la llegada de miembros de la Junta Superior de Excavaciones la mañana del 29 de julio, prohibiendo la entrada a la cueva.

Parece que queda en la anécdota la importancia de los restos arqueológicos, en contraposición a los profusos detalles descritos en relación a los avatares sufridos por los descubridores. Rápidamente surgió una pugna por adjudicarse la autoría de los descubrimientos. Para unos fueron más importantes los jóvenes ansiosos de encontrar tesoros, que ocasionaron el hallazgo de la Galería de los Cráneos, que el interés científico de los restos hallados y recuperados por aquellos primeros pioneros en las labores arqueológicas. La controversia fue llevada a los inmediatos estudios que se realizaron de la cavidad, aclarándose la secuencia cronológica y acción de lo que allí ocurrió. Su valor no se limita a lo puntual, sino que además muestra el aprecio que cada grupo de protagonistas tenía por el Patrimonio.

Fue Jesús Carballo (1935a: 235) quién narró los hechos acaecidos con más detalle, tras la difusión en medios de comunicación entre los miembros de la Junta Superior de Excavaciones, que visitaron la cueva la mañana del 29 de julio de 1934. Así, éste se enteró por la prensa de los hallazgos y, como responsable de las excavaciones en la provincia de Santander, se presentó en Suano para indagar y “*plantear la debida exploración*”, examinándola. Sus opiniones se conocen a través de la agencia de comunicación Febus. Algunas de las informaciones emitidas son contradictorias con anteriores versiones, por ejemplo, la difícil accesibilidad: “*es necesario ir a gatas casi constantemente en un recorrido de un kilómetro*” (La Voz, 31 de julio de 1934: 4; La Luz, 31 de julio de 1934: 4). A pesar de ello, Carballo ya certificaba que no había pinturas rupestres, y que los restos descubiertos debían pertenecer al periodo Neolítico con un uso funerario, apareciendo como posible ajuar una vasija y un hacha pulimentada. A la par que estas noticias se iban conociendo, el Dr. Hoyos escribió a Carballo, pidiéndole detalles y denunciando el hallazgo a la Junta Superior de Excavaciones.

Casi un mes después de la difusión en prensa de los hallazgos, el 21 de agosto de 1934, Carlos Navarro vuelve a la cueva, junto con Juan Uría, realizando una nueva exploración<sup>5</sup>. En ella se descubrieron 3 cráneos más y “*varios trozos de cerámica*”. Un día después, detectó un muro

<sup>4</sup> Noticias recogidas por los siguientes diarios: El Cantábrico (29 de julio de 1934:4), Sol (29 de julio de 1934), La Libertad (29 de julio de 1934: 4), Ahora (31 de julio de 1934: 14), La Época (30 de julio de 1934: 2), El Heraldo de Zamora (30 de julio de 1934:3), Heraldo de Madrid (31 de julio de 1934: 6), Hoja oficial de la provincia de Barcelona (30 de julio de 1934), La Nación (31 de julio de 1934: 12) y La Voz de Menorca (31 de julio de 1934: 4).

<sup>5</sup> Según Hoyos (1940: 104) la realizó “*en unión del Director del Museo Prehistórico de Santander P. Carballo*”. Y estos le tuvieron al tanto de los trabajos, ya que esperaron su vuelta de Londres para continuar sus estudios sobre los cráneos.

superficial en la entrada de la cueva; esto evidencia que limpió, excavó —o ambas cosas—, para descubrir esa estructura, y en la fotografía que publicó se detecta el cambio de coloración en las piedras producido por la exposición diferencial a los elementos climáticos. Además, el mismo Navarro describe la realización de un sondeo, en el que removió medio metro cúbico de tierra “*en la boca de la primera sala*”, apareciendo gran parte del material perteneciente a diferentes épocas. Estos resultados los divulgará rápidamente, en septiembre de 1934, incluyendo un plano de la cavidad<sup>6</sup> (Navarro, 1934: 226-227).

Estos trabajos se anticipan a las excavaciones de 1935. La Junta Superior de Excavaciones designa al Dr. Hoyos como Director Delegado para realizar excavaciones en Suano en ese año de 1935, pero al ser nombrado Director del recién creado Museo Etnográfico, encomendó a Carballo la investigación de la cueva, ya que ello le impedía personarse en las labores exploratorias. J. Carballo señala que contó con la colaboración de C. Navarro y el Dr. García Díaz, más la asistencia del maestro de Requejo, Pablo Muñoz, quién le ayudo a levantar otro plano de la cueva (Carballo, 1935a: 235-236).

Las excavaciones transcurrieron entre septiembre y octubre de 1935; concretamente, los trabajos previos a la excavación se iniciaron el 23 de septiembre, mientras que los obreros comenzaron dos días después (Carballo, 1935b). Los objetos allí encontrados ingresaron en el Museo de Prehistoria de Santander, y los restos óseos en el Museo Antropológico Nacional, según Hoyos (1940: 104). El objetivo de la excavación fue plasmado por el propio Carballo (1935a: 236) en forma de desengaño, ya que sus expectativas de encontrar restos paleolíticos no fueron corroboradas, al no detectar ni un solo sílex.

Carballo expone la metodología que practicó en estas excavaciones (Fig. 2). Primero abrió espacio en el exterior para que pudiesen circular las carretillas; esto obligó a “*barrenar*” parte del lado izquierdo del abrigo y a desmontar parcialmente el muro de cierre sito en la boca de la cueva (Carballo, 1935a: 239-240). Aquí descubre un alcantarillado, realizado con losas de arenisca, “*para dar paso al agua*” (Carballo, 1935b), y señala que dejó “*todo lo que nos fue posible*” (Carballo, 1935a: 239). La comparación entre la primera imagen publicada por Navarro y el aspecto actual evidencia los cambios sufridos al desmontar gran parte de la zona este. La tierra extraída se miró tanto en el interior como al llevarla al exterior en busca de algún resto de los apreciados sílex; seguidamente realizaron varios cortes en distintos puntos, difíciles de reconocer, aunque al menos uno se situó “*a la entrada de la gruta, donde habíamos colocado antes una puerta para evitar la repetición de actos vandálicos*”. Es conveniente destacar la continua mención sobre la estratigrafía que fue identificando (Carballo, 1935a: 239-242). En el transcurso de los trabajos halló gran cantidad y variedad de restos que detallaremos seguidamente, cada uno en su contexto preciso.

Antes de concluirse los trabajos y de forma inmediata, teniendo en cuenta el inminente inicio de la Guerra Civil, los estudiosos involucrados en estos primeros hallazgos publicaron diversos artículos. Navarro (1934) valoró las exploraciones previas; Jesús Carballo (1935a)

<sup>6</sup> Teniendo en cuenta la fecha y que Hoyos publica el mismo dibujo, es muy posible que se tratase del ejecutado por este último en 1901.



Figura 2. Carballo durante las excavaciones (MUPAC).

describió la excavación arqueológica posterior, y Hoyos (1940) insistió en el análisis de los restos antropológicos hallados. A partir de entonces, la cavidad fue mencionada tanto en revistas como “Cara y Caretas”<sup>7</sup> u otros estudios de diferente índole. Al no contener restos paleolíticos, las referencias se limitaron al ámbito de la época visigoda y especialmente a tratar el cristianismo primitivo en Cantabria; sirvan como ejemplo las continuadas citas de J. González Echegaray: “*La arqueología nos ha dado muestras bastante abundantes de la presencia de estos monjes en Cantabria. Parece estar comprobado que los religiosos misioneros que fueron penetrando en la región eran aficionados a vivir en cuevas como lugares solitarios para su retiro monacal, siguiendo en esto una vieja tradición monástica. En la cueva de Suano...*” (González Echegaray, 1966: 236; *Id.*, 1969: 15-16; *Id.*, 1986: 188; *Id.*, 1998: 57, 67 y 89).

En la década de 1980, Ramón Bohigas reflejará el análisis hidrológico de la cavidad (Bohigas *et al.*, 1981) y estudiará y difundirá la cerámica de aspecto altomedieval (Bohigas, 1982b) y medieval (Bohigas, 1982a; Bohigas/Ruiz, 1989) aparecida en la cueva. Recientemente, será incluida en la síntesis sobre arqueología medieval en Cantabria (Bohigas, 2013: 37-40).

<sup>7</sup> Publicación argentina que en su ejemplar del 16 de mayo de 1936 recoge las opiniones de Carballo hacia la cronología de los materiales hallados como “*romanos y visigóticos*”.

Además, será mencionada al analizar los restos de la cercana necrópolis del Castillete (Reinosa) (Pérez Rodríguez/Cos, 1985: 323-324). Una nueva aportación se produjo a finales del siglo XX al analizar los restos materiales pertenecientes al siglo IV en la antigua Cantabria (Pérez/Illarregui, 1997). Allí se realizó una primera aproximación y valoración al fenómeno del uso de las cuevas en la tardoantigüedad al analizar principalmente los restos de esta cavidad, además de los registrados en el complejo de la Horadada. Como novedad, los autores aportaron los dibujos y clasificación de tres fragmentos de TSHT y uno de vidrio, inéditos hasta entonces, hallados por J. Carballo y depositados en el Museo Arqueológico Nacional. Calificaban los hallazgos en cuevas de controvertidos y de difícil interpretación, a tenor de la pobreza de los restos, comparados con otras estaciones, lo que impedía profundizar más en las interpretaciones. Los mismos autores recogían las distintas opiniones vertidas hasta entonces, fuesen como escondite y atesoramiento, lugares de culto vinculadas a misioneros, lugares de enterramiento con rituales paganos o como hábitat de carácter marginal (*Ibid.*: 625). A su vez, dividieron en dos grupos los hallazgos en cuevas: el litoral —con enterramientos— y el interior —con ocupación cerca de centros urbanos que mantuvieron el poblamiento durante el final del periodo romano—.

Por otra parte, en los últimos años se han producido estudios en los que se recogen distintos especímenes naturales, caso de un pseudoescorpión de régimen zoófago (Luque y Labrada, 2016: 112) o de diferentes coleópteros (Fresneda/Salgado, 2016: 144; Outerelo *et al.* 1998: 115) añadiendo, al valor arqueológico, el natural biológico.

### **Análisis de los contextos**

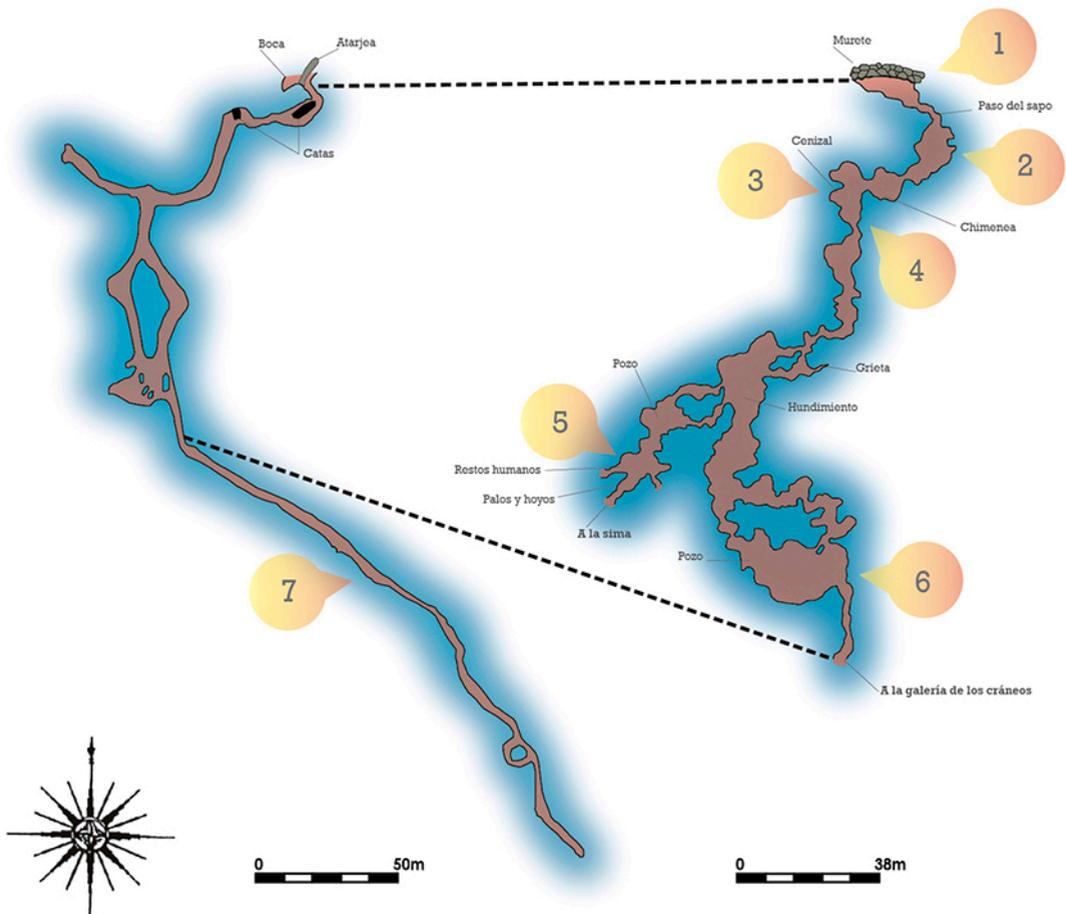
El examen de los tres estudios donde se analizan las circunstancias y hallazgos acaecidos entre 1934 y 1935; unido a la consulta del diario de excavaciones del Padre Carballo<sup>8</sup>, permiten valorar los caracteres de la cueva. Así, se puede considerar que existieron diferentes contextos tanto de aparición como de deposición: éstos se desarrollan en distintas zonas de la cueva, donde una variedad singular de objetos de diferentes épocas, Prehistoria Reciente (Bronce Medio-Final) e Historia (tardorromanos y altomedievales), certifican diversos usos en la cavidad en distintos momentos puntuales.

Hay que insistir que —con demasiada frecuencia— se han menospreciado los contextos de aparición de objetos post-paleolíticos en cuevas. Se llega a considerar incluso que “*carecen de contexto estratigráfico*” (Gutiérrez Cuenca, 2012: nota 4). Nuestra visión deposicional y post-deposicional es mucho más compleja: defendemos el análisis detallado de las circunstancias de cada hallazgo para valorar cada contexto. En este sentido, conocer la formación de los estratos —independientemente- si proceden de excavaciones o recogidas superficiales antiguas, creemos que es determinante para alejar de la arqueología interpretaciones sesgadas que defienden la ausencia de estratigrafía o la individualización de unidades estratigráficas. Los escritos anteriormente señalados muestran —en muchas ocasiones— de forma muy clara la

<sup>8</sup> Agradecemos las facilidades prestadas por el MUPAC para la consulta del material arqueológico y del diario manuscrito de Jesús Carballo.

presencia de unidades individualizables; por ello, creemos necesario detallar las circunstancias de cada hallazgo en su contexto de aparición como premisa para evaluar la ocupación y tipo de uso que pudieron tener lugar en la cavidad.

A continuación, en nuestra reflexión seguiremos un orden lineal, desde la entrada de la cueva hasta las áreas más profundas de la misma.



**Figura 3.** Plano esquemático de la cavidad a partir de los publicados por Navarro (1934: fig. 4) y Bohigas (1986: fig. 1). Se numeran los diferentes contextos identificados: (1) Abrigo; (2) “Galería de yacimiento”; (3) el Cenizal; (4) interior de la Galería General; (5) Sala K; (6) Sala G; y (7) Galería de los Cráneos.

### Abrigo hasta el “Paso del Sapo” (Fig. 3.1).

El abrigo presentaba en torno a unos 7 metros de profundidad y 13 metros de ancho. En su frente se dispuso un murete de piedras. Su superficie cambió. Ya desde un principio sufrió alteraciones, en forma de limpieza o de excavaciones. Así, su aspecto es bien distinto al que encontraron los descubridores de principios del siglo XX.

El resto más singular de esta zona es el mencionado murete. El 22 de agosto de 1934, cuando Carlos Navarro (1934: 226) vuelve a la cueva, detectó este elemento visible superficialmente en la entrada de la cueva. A través de la fotografía que publica se observa el cambio de coloración en los bloques de piedras, principalmente profundo hacia el este. Un detalle del mismo aparece en sendas fotografías, aquellas en las que se divulgaron los cráneos, que fueron apoyados sobre esa estructura. A su vez, reflejó la forma de arco que adquiría la construcción frente al abrigo en el plano que publicó.

Un año después, Carballo describió cómo tuvo que abrir espacio en el exterior para que pudiesen circular las carretillas. Según sus palabras, barrenó parte del abrigo (Carballo, 1935a: 240) y descubrió lo que interpreta como un alcantarillado, realizado con losas de arenisca, cuya finalidad era la de encauzar el agua de la entrada, y describe el muro, cuyo aspecto era ciclópeo, sin trabar, en el que se reutilizó algún elemento singular, como el fragmento de molino circular identificado<sup>9</sup> (Carballo (1935a: 239). Su cronología relativa señala una reutilización en el momento de construcción del muro. Este elemento ha sido datado como propio de época tardorromana y visigoda por Hierro (2002: 116), asociación solo interpretativa, ya que no existen relaciones estratigráficas ni dataciones absolutas vinculadas y que sitúen de forma veraz su fabricación, uso o reutilización. Se ha estimado como explicación que el molino fuese reutilizado para construir una estructura durante época tardoantigua, y su presencia es indicativa de la reutilización de un elemento de eminente carácter funcional agrario en una estructura posterior. Es improbable que el molino procediese de otro lugar, ya que el muro parece ser realizado con el material pétreo adscrito a la propia cavidad. Muro y fragmento de molino han sido designados como de carácter “civil” (Fernández González, 2015: 74); aunque Hierro (2002: 116) lo considera poco claro.

### “La Galería del yacimiento” (Fig. 3.2).

Se conoce como “Galería del yacimiento” a la primera Sala o ensanchamiento tras introducirse en la cueva (Bohigas *et al.*, 1981). Fue denominada así por ser el lugar en el que se realizaron tanto las primeras excavaciones de Navarro (1934: 224-232) como las más extensas de Carballo (1935a, b).

Carlos Navarro narró la realización de un sondeo en agosto de 1934. En aquella ocasión removió medio metro cúbico de tierra “*en la boca de la primera sala*”. En el plano que aporta señala con el número 1 el lugar de la excavación, exactamente en la entrada de dicha Sala. El

<sup>9</sup> “*Molino de mano roto*” que conservaba el orificio central, por lo que deducimos que es un *catillus*-piedra o muela superior volandera (Pérez-Arroyo, 2018: 28).

material arqueológico descubierto corresponde a diferentes épocas, siendo difícil su identificación, al simplemente enumerarse y no proporcionar imágenes de ellas, por lo que la visión de cada uno de estos objetos es muy parcial:

— Doce piezas de hierro, algunas interpretadas como “*punzones y hojas de puñal; de éstas aún conservan algunas en la parte del mango restos de la madera*”, otras podrían corresponder a “*(¿zarados? ¿cascos?, mezclados con otros de raras formas y porciones de cables retorcidos)*” (Navarro, 1934: 231).

— Unos veinte trozos de cerámica, neolíticas y “*terra sigillatas*” entre las reconocidas (*Ibid.*: 227).

— Una concha petrificada (*Ibid.*).

— Numerosos fragmentos osteológicos sin especificar (*Ibid.*).

— Puntas de lanzas (*Ibid.*).

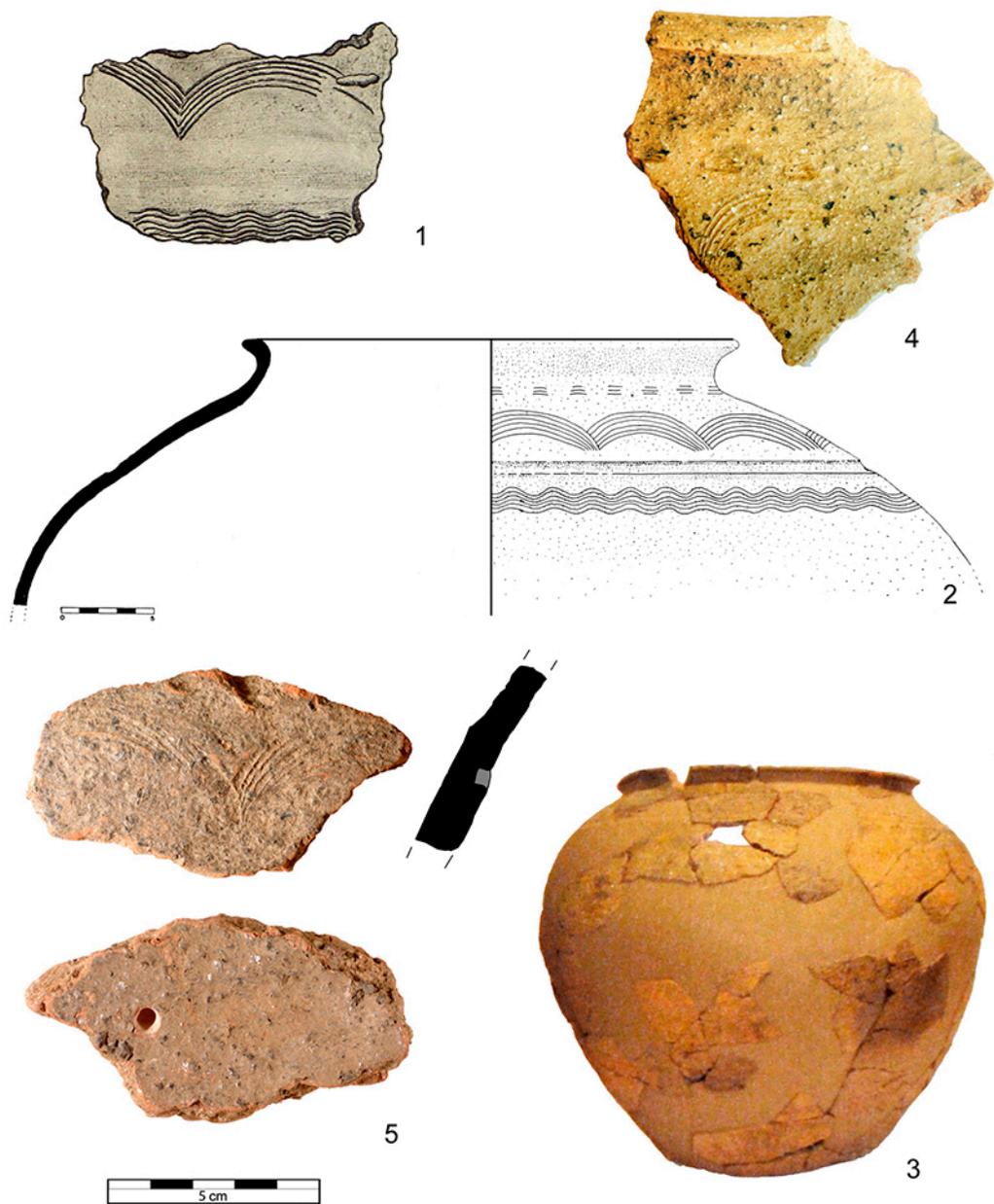
Por el contrario, cuatro fragmentos cerámicos fueron descritos de manera más pormenorizada:

— Fragmento de cerámica compuesto por dos trozos que unen (n.º 4 de Navarro), pero con distinta coloración (siena y azulado más oscuro). El interior era rojizo. La pasta “*poco homogénea, con granos y barro negruzco en vetas internas*” (Navarro, 1934: 230). Dimensiones: diámetro aproximado de unos 20 cm y un grosor de 0,9 cm.

— Fragmento a torno con pasta bastante homogénea, con algún desgrasante muy grande (n.º 6 de Navarro). De color rojizo en el interior y algo más oscura en el exterior. Dimensiones: diámetro 25 cm y un grosor de 0,7 cm (Navarro, 1934: 230).

— Fragmento de panza, de aspecto interno a un plato (n.º 7 de Navarro). La pasta interna es negra y de exterior de color ladrillo muy rojo. Dimensiones: grosor de 1,0 cm (Navarro, 1934: 230). Esta descripción coincide con la de una pieza estudiada por Bohigas (1989: 34) identificándole con el n.º 5. (Inv. 45) “*Fragmento de fondo plano de un vaso de pastas torneadas, anaranjada al exterior y negruzca al interior*”. Es posible que ambas correspondiesen al mismo recipiente.

— Varios fragmentos correspondientes a un recipiente, unos lisos y otros con decoración onduladas (n.º 8 de Navarro). La pasta presenta desgrasantes areniscos y gran cantidad de mica; y color interno y externo similar, ocre tirando a anaranjado. “*Presenta algunas manchas oscuras al parecer de humo, en el interior*”. Lleva decoración en el exterior, a peine, con dos motivos, el superior con línea de seis púas creando una sucesión tangente de arcos semicirculares, y el inferior en forma de una línea ondulada horizontal. El interior muestra con claridad las líneas de torno. Dimensiones: diámetro 35 cm y un grosor de 0,9 cm. Fue interpretada como “*la pieza más antigua de las encontradas*” (Navarro, 1934: 230-231 y figura 4) (Fig. 4.1). Éste recipiente volveremos a tratarlo más adelante, ya que otros fragmentos del mismo fueron hallados por Carballo.



**Figura 4.** Gran recipiente, orza encontrada en la “Galería del yacimiento” por C. Navarro: (1) según Navarro (1934: fig. 4) (sin escala); y por J. Carballo: (2) según Bohigas (1986: fig. 1); (3) según MUPAC y expuesta en el mismo museo (sin escala); (4) según Peña Suárez (2006: 184) (sin escala); y (5) fragmento en los fondos del MUPAC.

Según Navarro (1934: 227) estos restos aparecieron “*en confuso desorden, mezclados los niveles y sin presentar claridad alguna estratigráfica*”. Este juicio hay que situarlo en el contexto en el que se hizo la exploración y en relación a la propia consideración de estratigrafía de la época<sup>10</sup>. En cambio, Navarro (1934: 231) describió relaciones entre diferentes objetos caso de algunos de los realizados en hierro, como los grandes fragmentos de “*zarados? ¿cascos?, mezclados con otros de raras formas y porciones de cables retorcidos*” en conexión con cerámica romana. Esto hace pensar la existencia específica de unidades estratigráficas (por entonces niveles) que en su momento no se interpretaron de forma individual.

Un año después, Carballo elegirá la misma Sala para centrar sus excavaciones. Parece que el sistema seguido fue lo que denomina como cortes, término difícil de concretar a tenor de la parquedad de las descripciones<sup>11</sup>. Uno de estos cortes, el más fructífero, fue referenciado “*en la entrada de la gruta, donde habíamos colocado antes una puerta*” (Carballo, 1935a: 241-242). De allí proceden los objetos hallados en los tres primeros días de excavación, concretamente del “*lado izquierdo de la entrada, en la puerta de cierre*” (Carballo, 1935b). Coincide con el lugar en el que anteriormente Navarro había realizado su sondeo. Allí detecta estratigrafía: un nivel que asocia con la aparición de todo resto cerámico y metálico (Carballo, 1935a: 240-246); y otro por debajo de éste, “*ya en la base del nivel cortado aparece mucha ceniza*” (Carballo, 1935a: 242). En la excavación, durante días sucesivos, irán apareciendo distintos materiales que son descritos en el diario y la publicación. Algunos de ellos presentaban asociaciones entre sí. Unos objetos pueden ser reconocidos más fácilmente, principalmente por ser reproducidos en dibujos, mientras que otros se mencionaban solo de forma genérica. El conjunto de materiales recuperados en este supuesto único nivel según se especifica en una nota del diario<sup>12</sup>, serían los siguientes:

— “*Muchos trozos de cerámica tosca, oscura, gruesa, con adornos incisos formando serie*”. Carballo, especificó que un ejemplar, configurado por abundantes fragmentos recuperados, así como “*por su materia y la elaboración*” (Fig. 4.1). Su pasta era basta con numeroso desgrasante, con cuarzo, mal cocida. Exteriormente tendría una aguada, en la que destacaba el brillo de la mica. Realizada a torno, en el interior se observa con claridad la huella en la pasta. Dimensiones: 1 cm de grosor. La publicación de su dibujo permite su reconocimiento, a través de su ornamentación. Apareció junto al resto del material descrito arriba (Carballo, 1935a: 241 y 247, fig. XI). Ya Hoyos (1940: 112) lo vinculó con el recipiente detectado por Navarro (n.º 8) y lo consideró de época visigoda a partir de las opiniones conjuntas con B. Taracena. Posteriormente, Bohigas (1986: 34) estudia la pieza con detenimiento: “*(Inv. 1-2-3) (Fig. 1. 1). Fragmento de panza, cuello y borde de una vasija de pastas de colores ocre claro y grisáceo con seriales de torneado y alisado. Los desgrasantes son*

<sup>10</sup> El mismo Carlos Navarro (1934: 227) señala que: “*la casi seguridad de que más adentro (de la cueva) se presentasen niveles de potencia considerable y de variados períodos*”; y demuestra el concepto que tenía sobre estratigrafía al considerarla como una sucesión de capas con amplia potencia, cuya adscripción cronológica estaría determinada por los artefactos sincrónicos.

<sup>11</sup> Es posible interpretarlo como un sondeo o como un rebaje en talud.

<sup>12</sup> “*Nota: Todo lo hallado en estos tres días [25, 26 y 27 de septiembre] corresponde al mismo nivel, tanto la cerámica, como el hierro y el cobre. Y todo estaba en el lado izquierdo de la entrada, en la puerta de cierre*” (Carballo, 1935b).

pequeños guijarros. La decoración próxima al cuello, está constituida por una alineación horizontal de impresiones ovales, dividida interiormente mediante tres incisiones paralelas. Bajo ella se dispone una cenefa de arcos de circunferencia realizados con un peine de seis puntas; bajo ésta, a su vez aparece una profunda acanaladura horizontal y banda de ondas incisas paralelas, ejecutada con el mismo peine que la cenefa de arcos de circunferencia. Un fragmento de borde de esta misma vasija fue publicado en su momento por Carballo (Carballo, 1935: p. 247. fig. XI)” (Fig. 4.2). Es el recipiente que conservaba un perfil más amplio de las allí estudiadas. Actualmente se encuentra restaurada (con 98 fragmentos) y expuesta en el MUPAC bajo el número de inventario 11247 (Fig. 4.3). Un fragmento de éste ejemplar fue catalogado por Peña Suárez (2006: 184) considerándolo un recipiente de almacenamiento y datado por termoluminiscencia dentro de la Tardoantigüedad, como veremos más adelante (Fig. 4.4). Dentro del material depositado en los fondos del MUPAC se conserva un fragmento con la ornamentación a peine, que además presenta un orificio pequeño 2 mm de diámetro en su interior, posiblemente como ajuste de otro elemento (Fig. 4.5).

— Punta de dardo de bronce, de sección cuadrada. Dimensiones: 8 cm de largo (o según el Diario 7,5 cm). Fue la primera pieza hallada durante la excavación el día 26 de septiembre (Carballo, 1935a: 241) (Fig. 5.1).

— Placa de bronce casi cuadrangular con dos orificios pequeños de suspensión. Apareció un día después que la pieza anterior. Dimensiones: 8 cm de largo (Carballo, 1935a: 241). Posteriormente fue mencionada por Alonso (1985: 41) (Fig. 5.2).

— “*Varios fragmentos de hierro, amorfos y muy oxidados*”. Aparecieron junto con la placa anterior (Carballo, 1935a: 241). Entre el material depositado en el MUPAC hay gran cantidad de elementos férricos que se ajustan a esa descripción, difíciles de concretar tipológicamente. Alguno podría corresponder con los objetos que Hierro (2002: 116) enumera e identifica en la consulta que realizó en dicha Institución, como “*algunos fragmentos de hebillas, tanto rectangulares como ovaladas/circulares*”, recalcado que las “*hebillas de hierro pasaron desapercibidas a los ojos de sus excavadores*”. Concretamente, aparecen separadamente una hebilla circular y otra cuadrangular fragmentada en dos (Fig. 5.3). Además, también menciona “*algunas puntas cónicas o regatones de empuñadura tubular*”, individualizadas también en el museo en distintas bolsas en las que se pueden reconocer varios ejemplares (Fig. 5.4). Este tipo de elementos no es extraño encontrarlos en yacimientos tardoantiguos, siendo en ocasiones difícil de distinguir de las puntas para enastar (Dohijo, 2011: 243).

— Dos clavos de hierro. Aparecieron junto con la placa y los fragmentos informes anteriores (Carballo, 1935a: 241). Igualmente hay una gran cantidad de clavos en los fondos del MUPAC, imposibles de identificar y asociar con los dos aquí mencionados.

— Pieza alargada de hierro, con la punta rota, y con empuñadura diferenciada. Apareció el mismo día que las anteriores, pero previsiblemente sin conexión con aquellas, al no mencionarse explícitamente por Carballo. Dimensiones: 23 cm de largo y 4 cm de ancho y 7 cm de empuñadura. Su conservación era tan delicada que impidió su clasificación (Carballo, 1935a: 241), aunque en el diario se señala inicialmente con interrogante como

“*gumía*” (Carballo, 1935b). Y al final del mismo, destaca entre las herramientas el “*serrote*” y “*un machete, en alemán scraxmasse – (único)*”. El dibujo esquemático incluido en el diario tampoco resulta ser esclarecedor para su identificación (Fig. 5.5). Posteriormente, Hoyos (1940: 113) mencionó “*una espada corta*” y fue considerada como “*tipo franco de los germanos*”. Este tipo de machetes no extraña su aparición durante el siglo VII, siendo cada vez más frecuente su identificación en contextos de época visigoda (Dohijo, 2011: 253-256).

— “*Cerámica más fina y roja*” (Carballo, 1935a: 241). Aparecieron al día siguiente que las anteriores (24 de septiembre). En el diario se mencionan como “*Más trozos de cerámica igual a la anterior*” (Carballo, 1935b). Dentro del material depositado en el MUPAC se conservan gran cantidad de fragmentos asimilables bajo dicha descripción, sin posibilidad de identificarlos con aquellas.

— Serrucho. Elemento longitudinal de hierro, con los hombros curvos y el filo con presumibles dientes. Dimensiones: 19 cm de largo por 4,5 cm de ancho (Carballo, 1935a: 241). Apareció junto a las anteriores cerámicas. Citado por Hierro (2002: 116) (Fig. 5.6).

— “*Cerámica más fina y roja que la anterior*”. Aparecieron ese mismo día, pero fueron descritas de manera diferencial a las primeras (Carballo, 1935a: 241). En el diario se especifican “*Pocos trozos de cerámica nueva más fina y roja que la anterior*” (Carballo, 1935b), y en las conclusiones del mismo se asocia el tipo fino con la cerámica “*ibérica*”. Dentro de las cerámicas depositadas en ambos museos procedentes de la cueva, hay algún fragmento de servicio bajoimperial de mesa (n.º 2-18) que podría identificarse con aquellas. Ese símil hacia las cerámicas ibéricas también será utilizado al describir una TSHT decorada a molde (Carballo, 1935a: 248).

— Pieza de bronce de aspecto rectangular (Carballo, 1935a: 241 y figura II), con un extremo abierto en flor de lis con tres orificios, mientras que el opuesto, más estrecho, solo presenta uno. Muestra una decoración incisa característica con doble línea perpendicular al borde, segmentada transversalmente. Este ornato adquiere forma de “V” al unirse al orificio distal exento. Su reverso muestra una acanaladura, por lo que ha sido interpretado como mango. Dimensiones: 11 cm de largo y 3 cm de alto. En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, con el n.º de inventario: 73/58-CL1114. Fue hallada a 0,45 cm de profundidad, entre tierra suelta y seca (Carballo, 1935a: 241), dato que evidencia una estratigrafía más compleja que la interpretada por el mismo Carballo. Hoyos (1940: 113) la consideró instrumento u arma romana. Los motivos decorativos representados por dos líneas paralelas segmentadas son habituales en otros elementos bronceos (Palol, 1950) (Fig. 5.7).

Comparando el diario de excavación de J. Carballo (1935b) con la publicación (*Id.*, 1935a) se constata que éste, al redactar el estudio descriptivo, amplió y detalló algunos de los descubrimientos. Ambos textos se convierten en fuentes primarias de información, y evidencian la existencia de diferencias que permiten individualizar la secuencia de hallazgos.



**Figura 5.** Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo: (1) punta de dardo de bronce (sin escala) (según Carballo, 1935b); (2) placa de bronce; (3) hebillas de hierro; (4) puntas cónicas o regatones; (5) posible machete (según Carballo, 1935b) (sin escala); (6) serrucho y (7) posible asa.

El día 28 (sábado) de septiembre menciona la aparición de:

— Cacha ornamental de asta de buey (Carballo, 1935a: 242 y figura III). Presenta dos facetas completas longitudinales y otras dos fragmentadas, de sección semicircular. Muestra decoración grabada en forma de una sucesión de círculos concéntricos, entrelazados. Reverso liso. Dimensiones: 5 cm de largo y entre 1 y 2 mm de grosor. En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Hoyos (1940: 112) la interpretó como perteneciente a los siglos III-II a. C. (Fig. 6.1).

— Abundantes nódulos de ocre. Aparecieron junto con la pieza anterior (Carballo, 1935a: 242).

— “*Cerámica tosca, silicia y la roja más fina*” (Carballo, 1935b), como las anteriores.

— “*Una hojita de navaja en hierro, mide 0,06 m.*” (Ibid.) (Fig. 6.2).

— “*Trozos (...) de hierro oxidado e informe*” (Ibid.).

A su vez, el día 30 (lunes) de septiembre se halló:

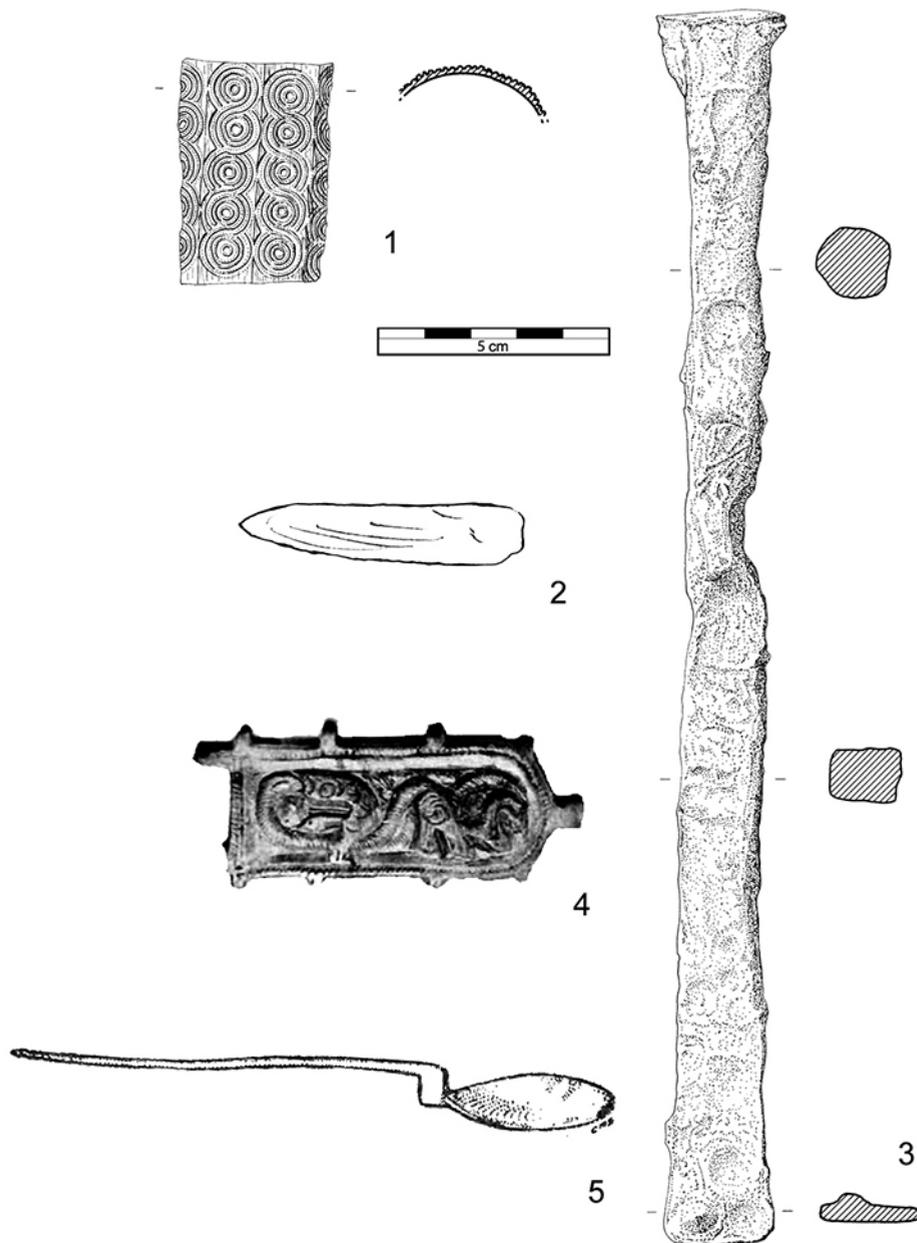
— Cíncel de hierro, bien conservado, en principio considerado como formón (Carballo, 1935a: 242). Presenta forma de barra con sección circular en el asidero, ensanchándose ligeramente en su extremo de golpeo, mientras que la parte central pasa a tener sección cuadrangular y el extremo de corte se aguza hasta llegar al filo de doble bisel. Dimensiones: 26 cm de largo. En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional (n.º inventario: 73/58-CL1122) (Fig. 6.3). Fue citado por Hierro (2002: 116). Una pieza muy semejante (Vadi24) fue hallada en el depósito de Vadillo (Soria) (Dohijo, 2011: 237). Es una pieza propia de cantería.

— “*Sigue apareciendo cerámica, y de ella un trozo de un espesor mayor que los anteriores*” (Carballo, 1935b). Son fragmentos difíciles de identificar.

Y en la anotación final de ese día, sin mencionar cambio de localización, señala que “*en el fondo de la calicata hay cenizas y aparece una mandíbula de ciervo*” (Carballo, 1935b), mientras que en la publicación matizaba: “*Ya en la base del nivel cortado aparece mucha ceniza y con ella una mandíbula inferior de ciervo de esta especie habíamos ya visto algunos molares sueltos*” (Carballo, 1935a: 242), y en la publicación concatena con otro hallazgo singular, “*cuando el corte llegó a una profundidad de 1,20 metros*” (Carballo, 1935a: 242-243 y figura IV):

— Placa de broche liriforme, con lados rectos y ocho apéndices, decorada con la figuración del fisiólogo, fechada en el siglo VII (Ripoll, 1991: 706; *Id.*, 1998: 168-178; Alonso, 1985: 41; Guerra de Viana, 1996: 11; González Echegaray, 1969: 15). Dimensiones: 8 cm de largo por 3 cm de ancho (Carballo, 1935a: 242-243 y figura IV) (Fig. 6.4). Hoyos (1940: 113) la consideró como “*tipo franco de los germanos*”. Es una iconografía reconocible y estudiada con detenimiento, bajo la fábula del Fisiólogo (Ripoll, 1991: 197-198).

El sábado día 5, en el mismo nivel apareció otro objeto llamativo, una cucharilla, junto a “*varios objetos de hierro, cerámica, ocre abundantísimo*” (Carballo, 1935b). Estos últimos elementos son difíciles de identificar.



**Figura 6.** Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo: (1) cacha de hueso; (2) hojita de navaja (según Carballo, 1935b) (sin escala); (3) cincel; (4) placa de broche liriforme (según Hoyos, 1940: fig. 9); y (5) cucharilla (según Carballo, 1935: fig. V).

— Cucharilla de bronce de esmerada factura, sin decoración y de 15 cm de largo (Carballo, 1935a: 243) (Fig. 6.5). Se ha considerado un elemento de uso en ritual litúrgico y ha sido citada o reproducida abundantemente por González Echegaray (1969: 15), Alonso (1985: 41), Ripoll (1991: 706), Guerra de Viana (1996: 11), Hierro (2002: 116). Recientemente se ha dudado de este uso y fin (Tobalina, 2010-2012: 247). Hoyos (1940: 112) la interpretó como “*un poco más moderna que las romanas*”.

Los tres siguientes días (7 al 9 de septiembre) aparecieron varias piezas bronceas llamativas:

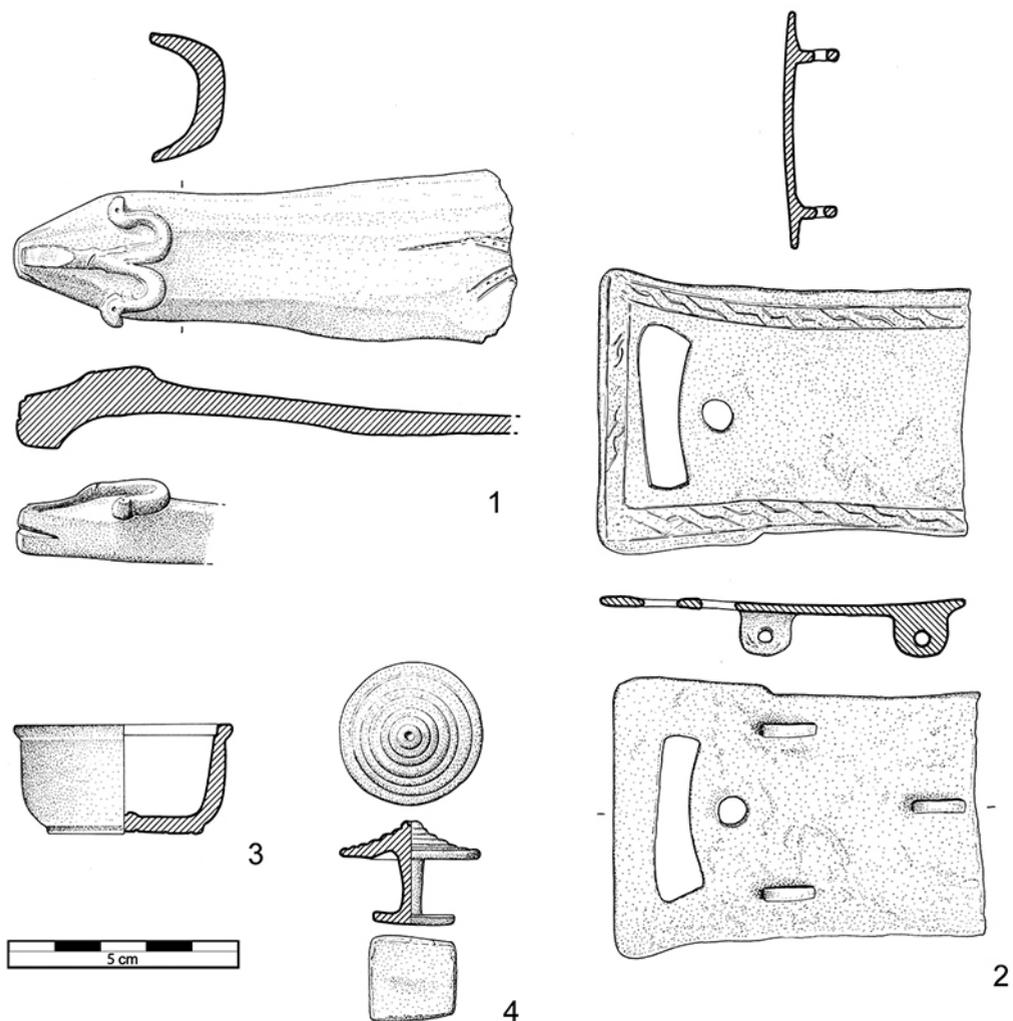
— Mango convexo, que presenta en su extremo ornamentación estilizada en forma de cabeza de animal, posiblemente un carnero. La ornamentación grabada es frecuente en piezas bronceas de época visigoda. Dimensiones: 10 cm de largo por 4 cm de ancho (Fig. 7.1). Ha sido interpretado como mango de patena y citada o reproducida en numerosas ocasiones (González Echegaray, 1969: 15; Alonso, 1985: 41; Ripoll, 1986: 706; Hierro, 2002: 116). Hoyos (1940: 113) la considera romana. Su silueta es infrecuente, no asociable a la de las patenas.

— Fragmento de placa rígida de un broche de aspecto rectangular, con orificio circular para asir el agujón y semirectangular para ajustar la correa (Carballo, 1935a: 244, figura VII). La placa presenta bordes redondeados, y su cabeza se encuentra perdida. El anverso muestra decoración incisa, con una característica doble línea perpendicular al borde, segmentada con un entrelazado esquemático. El reverso presenta tres apéndices con orificio para asir la placa al correaje. Dimensiones: 8 cm de largo por 5,5 cm de alto (Fig. 7.2). Es mencionada por Alonso (1985: 41) y Fernández Vega *et al.* (2010: 130). En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional (n.º inventario: 73/58-CL1116). Fue hallada muy cerca de la anterior (Carballo, 1935a: 244). Hoyos (1940: 113) la consideró como “*tipo franco de los germanos*”. Hoy no hay duda de su asignación tipológica como broche de placa rígida (Ripoll, 1998: 59; Dohijo, 2013: 52-55).

— Pequeño recipiente de bronce (Carballo, 1935a: 244 y figura VIII). Presenta de forma marcada el borde, umbo y en el fondo dos círculos concéntricos. En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional (n.º inventario: 73/58-CL1115). Dimensiones: 5 cm de diámetro y 3 cm de alto (Fig. 7.3). Hoyos (1940: 112) la interpretó como posible pesa romana. Citado por Alonso (1985: 41) y Hierro (2002: 116). No es deseable una interpretación de uso como un tintero, debido a su tamaño y a la forma característica de su fondo, con la disposición de varios círculos concéntricos, como en ejemplares de una cronología ligeramente anterior (Alonso *et al.*, 2019). El día del hallazgo de este ejemplar (9 de septiembre) también aparecieron “*muy abundantes trozos de cerámica pero tan fragmentados que resultan inútiles*” y “*avellanas carbonizadas que se conservan perfectamente*” (Carballo, 1935b).

— Posible botón de bronce (Carballo, 1935a: 244 y figura IX) de planta circular y aspecto cónico y roblón sólido, cuadrado. Ha sido interpretado como posible pasador de caballería (Pérez/Illarregui, 1997: 619), como atalaje en el correaje de los caballos

frente a otros elementos vinculados a apliques o guarniciones de cinturón (Dohijo, 2011: 199). Hoyos (1940: 113) la considera de “*tipo franco de los germanos*” y Hierro (2002: 116) como botón o aplique (Fig. 7.4). Botones semejantes son estudiados por J. Aurrecochea, siendo el ejemplar más parecido a éste de Suano, tanto por su tipología y tamaño, el procedente de Castillejo (Madrid) (Aurrecochea, 1994: 161, 173 y fig. 4.29).



**Figura 7.** Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo: (1) asa; (2). placa de broche de lengüeta rígida; (3) posible tintero y (4) botón.

Al analizar sucintamente las cerámicas en el diario, Carballo (1935b) realiza el siguiente comentario “*un trozo hay que parece terra-cotta con relieves, barro muy fino, etc —con estampilla—*”. El carácter fino de la cerámica solo fue mencionado en esta ocasión, y cuando enumera algunos fragmentos de tono rojo. Es posible que con dicha descripción estuviese refiriéndose a las TSHT. Fragmentos identificados como tales y depositados en el MAN, ya fueron publicados por Pérez e Illarregui (1997).

— Fragmento de TSHT, forma 37t (Pérez/Illarregui, 1997: 619, fig. 7.2). Labio con parte del cuerpo, decorado con círculos concéntricos secantes (n.º inv. MAN 73/58-CL112?) (Fig. 8.1).

— Fragmento de TSHT, forma 37t (*Ibid.*: 619, fig. 7.3). Cuerpo decorado con un círculo concéntrico (n.º inv. MAN 73/58-CL1127, 1935-1874). Hoyos (1940: 112) ya especificó que este fragmento de boca correspondería a época romana o paleocristiana, a partir de las opiniones conjuntas con Taracena. La pieza, descubierta por Carballo (1935a: 248, figura XII), mostraba “*pasta roja, fina de poco espesor, 5 milímetros*” con barniz casi desaparecido. Apareció junto con la olla realizada a peine (Fig. 8.2).

— Fragmento de TSHT, forma 37t (Pérez/Illarregui, 1997: 619, fig. 7.4). Cuerpo decorado con un círculo concéntrico (n.º inv. MAN 73/58-CL1128, 1935-1877) (Fig. 8.3).

— Fragmentos de TSHT, lisos (*Ibid.*: 619).

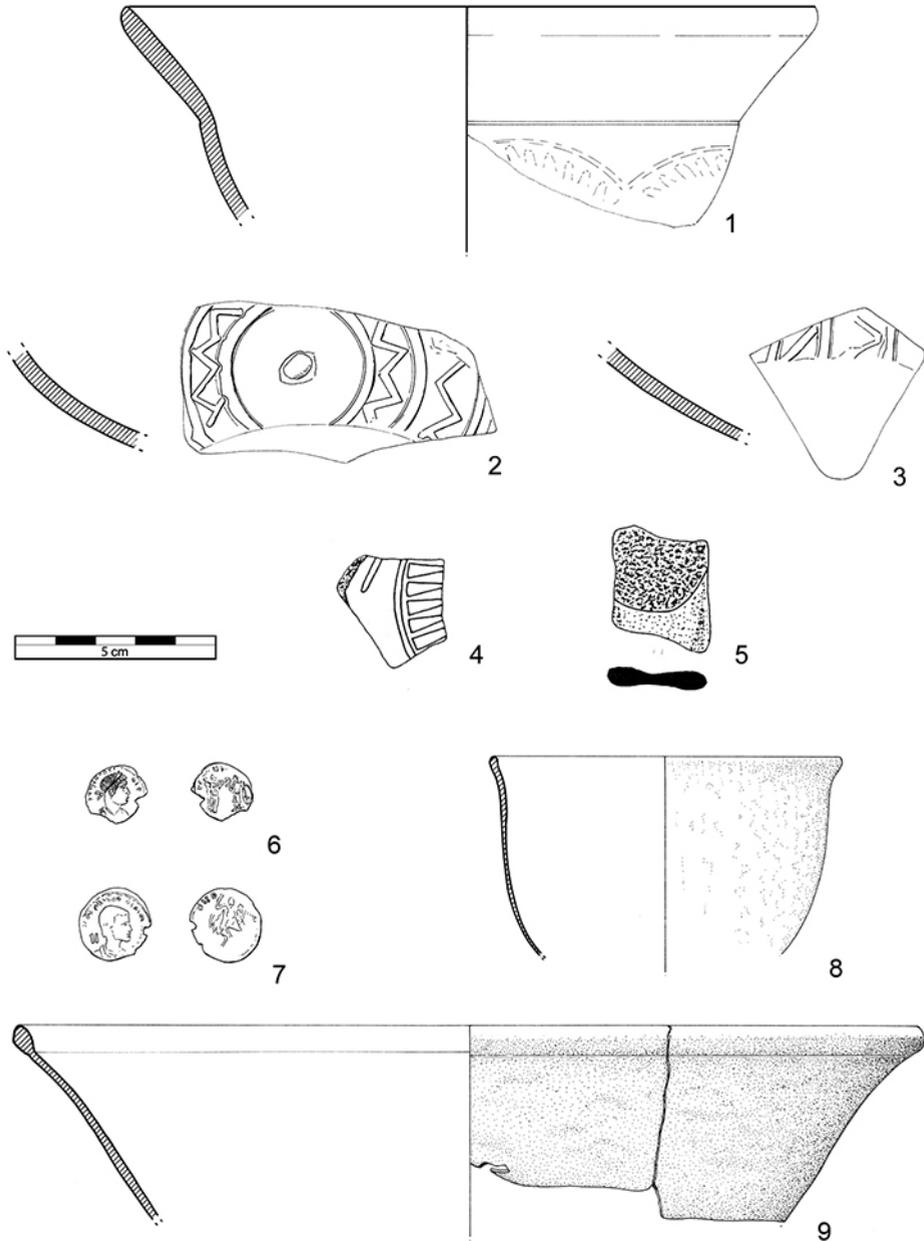
Otros dos fragmentos de TSHT fueron recogidos por R. Bohigas (1989: 34), que en la actualidad se encuentran en el MUPAC:

— “10. (*Inv.* 64) (Fig. 1. 10). Fragmento de cerámica estampillada, decorada con un círculo relleno de radios aspidos. Su barniz aparece ennegrecido por la cara interna, debido posiblemente a un defecto de cochura” (Fig. 8.4).

— “11. (*Inv.* 63) (Fig. 1. 11). Fragmento de asa de cinta de pasta anaranjada, de un vaso recubierto mediante un barniz anaranjado intenso” (Fig. 8.5).

El día 14, cuando Carballo ya estaba en Santander y había dejado a Carlos Navarro al frente de la excavación, siguiendo sus órdenes, procedió a profundizar hasta la roca (Carballo, 1935b). Allí, a una profundidad de metro y medio “*se encuentran cenizas y también restos de frutas carbonizadas, sobre todo avellanas bien conservadas exteriormente*” y “*a la mitad del corte aproximadamente, pudimos observar que había losas de arenisca iguales a las de la entrada, y con las cuales habían formado como un rústico pavimento, a la vez que otras de esas piedras estaban dispuestas para sentarse*” (Carballo, 1935a: 245). Es evidente que esta descripción muestra la complejidad estratigráfica del lugar, frente a la interpretación de un único nivel, tal y como hemos recalado anteriormente. Tal es así que incluso destacó por separado un hallazgo producido en un día que faltó a la excavación, en el que “*se hizo el corte hasta tocar la roca madre*”. Allí, “*en el fondo*” se hallaron dos monedas y varios fragmentos de vidrio (Carballo (1935a: 245-246). Serían los siguientes:

— Bronce pequeño constantiniano. Tipo de dos Victorias. Moneda siglo IV (Vega de la Torre, 1991: 154; Pérez/Illarregui, 1997: 619) (Fig. 8. 6).



**Figura 8.** Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo: (1, 2 y 3) tres fragmentos de TSHT decoradas a molde, según Pérez e Illarregui (1997); (4 y 5) dos más según Bohigas (1989); (6 y 7) dos bronceos constantinianos, según Pérez e Illarregui (1997); (8 y 9) dos recipientes de vidrio, según Pérez e Illarregui (1997).

- Bronce pequeño constantiniano. Moneda siglo IV (Vega de la Torre, 1991: 154; Pérez e Illarregui, 1997: 619) (Fig. 8. 7).
- Recipiente de vidrio, casi hemisférico (Pérez/Illarregui, 1997: 619, fig.7.5) (Fig. 8. 8).
- Recipiente de vidrio, con labio recto y parte del cuerpo; posiblemente los lacrimatorios mencionados por otros autores caso de Vega de la Torre (1991: 154) y Pérez e Illarregui (1997: 619) (Fig. 8. 9).

Por otra parte, ya hemos descrito cómo Navarro (1934: 227) señaló el descubrimiento de unos veinte fragmentos de cerámica en el sondeo que practicó en la sala A, e identificó, entre las especies reconocidas, piezas neolíticas y “terra sigillatas”. Otras menciones genéricas a fragmentos cerámicos fueron proporcionadas por Vega de la Torre (1991: 154), señalando “cerámica tipo común y un fragmento de sigillata tardía”. Es posible que estas referencias indiquen un mismo conjunto de objetos que se depositaron en el Museo de Prehistoria de Santander. En la década de 1980, R. Bohigas ya analizó un grupo de cerámicas consideradas altomedievales o medievales, todas depositadas en el MUPAC, como procedentes de la excavación de Carballo. Son las siguientes (Bohigas, 1989: 34-35) (Fig. 9):

- “2. (Inv. 2-6) (Fig. 1.2). Fragmento de fondo plano, de paredes gruesas y pastas micáceas torneadas. Se corresponde al grupo de vasos de tipo "dolia"”.
- “3. (Inv. 2-4) (Fig. 1.3). Fragmento de fondo de paredes gruesas y pastas grisáceas torneadas”.
- “4. (Inv. 2-10) (Fig. 1.4). Fragmento de fondo plano, de paredes gruesas, con pastas micáceas torneadas, correspondiente a un vaso de tipo "dolia"”.
- “6. (Inv. 62) (Fig. 1.6). Fragmento de fondo plano de una vasija de pastas lomeada, gris al interior y ocre claro al exterior, debido a una postcocción oxidante”.
- “7. (Inv. 2-1) (Fig. 1.7). Fragmento de fondo plano, de pasta gris lomeada”.
- “8. (Inv. 44) (Fig. 1.8). Fragmento de fondo, de pasta negra lomeada”.
- “9. (Inv. 43) (Fig. 1.9). Fragmento de cuello y borde de una vasija de pasta gris a torno, de borde vuelto al exterior y labio engrosado”.
- “12. (Inv. 7) (Fig. 1. 12). Fragmento de cuello y borde de orza de pasta negra, bien cocida y torneada. El labio, redondeado, vuelve ligeramente al exterior y desde él arrancaba el asa, posiblemente de cinta, que se uniría al sector central del cuerpo del vaso. Su diseño guarda estrecho parentesco con una de las orzas del yacimiento de Navasangil (CEVPP. 1987: Lám. V.3)”. Posiblemente, este fragmento sea el fragmento de boca de cuello ancho trilobulado, que apareció en la sala A e inmediatas. Hoyos (1940: 112) especificó que correspondería a época visigoda a partir de las opiniones conjuntas con Taracena.
- “13. (Inv. 2-11) (Fig. 1.13). Asa de cinta de bordes realizados de pasta moteada de color ocre y negro”.
- “14. (Inv. 2-13) (Fig. 1. 14). Fragmento de panza de color ocre claro torneada, decorada con esquema de anchas incisiones formando X, posiblemente conforme a un esquema metopado”.
- “15. (Inv. 2-25) (Fig. 1.15). Fragmento de cuello y borde de labio moldurado y engrosado, vuelto hacia afuera, de pasta negra torneada”.

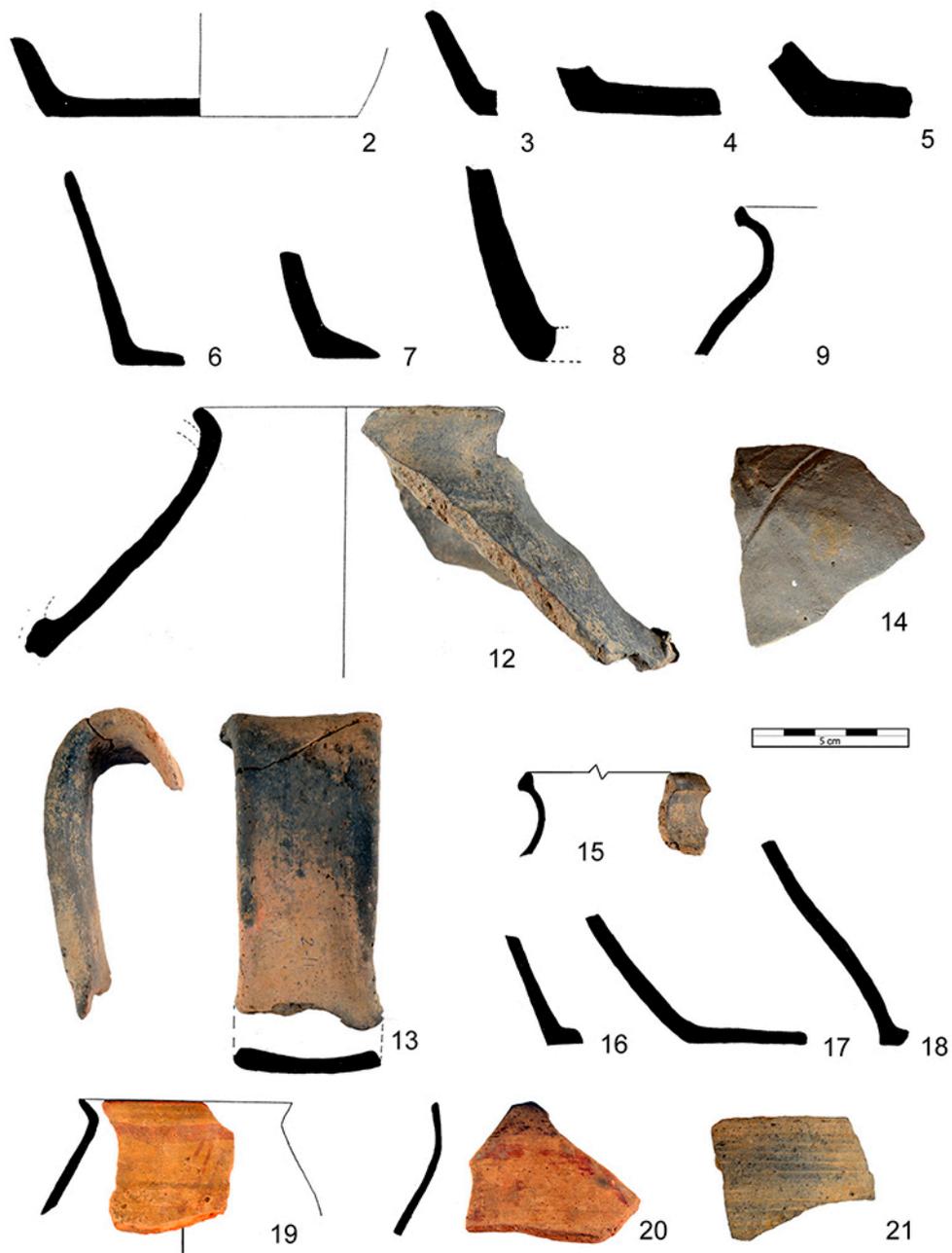


Figura 9. Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo, publicados por Bohigas (1989).

- “16. (Inv. 2-5) (Fig. 1. 16). Fragmento de fondo plano, de pasta ocre torneada”.
- “17. (Inv. 2-7) (Fig. 1. 17). Fragmento de fondo plano, de pasta ocre claro torneada”.
- “18. (Inv. 2-8) (Fig. 1. 18). Fragmento de fondo plano y arranque de panza, de pasta ocre torneada”.
- “19. (Inv. 2-24) (Fig. 1. 19). Fragmento de cuello y borde recto, inclinado hacia el exterior, de pasta ocre claro torneado, decorados con un trazo pintado horizontal y tres finos trazos oblicuos paralelos”.
- “20. (Inv. 2-23) (Fig. 1.20). Fragmento correspondiente a la parte superior de la panza de un vaso de pasta ocre claro, torneada, decorada con un esquema de metopas, formada por un trazo pintado horizontal y tres verticales paralelos, entre los que se sitúa un punto”.
- “21. (Inv. 2-22) (Fig. 1.21). Fragmento de panza de pasta gris, trabajada a torno, con decoración estriada”.

Cuatro de estos fragmentos (n.º 14, 19, 20 y 21), ya habían sido estudiados anteriormente por el propio Bohigas (1982a: 91-93), planteando la disyuntiva de que correspondiesen a momentos no posteriores al siglo VII, como antecedentes a las cerámicas pintadas y estriadas —aquellas que fueron denominadas como de “Repoblación”—, o a los primeros momentos de la cerámica medieval, posteriores al siglo VIII. Sin embargo, en una publicación posterior volvió a tratar tres de ellas, asignándolas cronologías dispares:

- N.º 14: “Presenta una decoración con trazos incisos anchos, organizados en aspas. Este esquema se aparta de los frecuentes en el periodo comprendido entre el s. X y XII, Es posible que represente un momento próximo a las tradiciones romanas, a juzgar por materiales que le acompañan”. (Bohigas et al., 1984: 159; n.º 28).
- N.º 19: “Cuello decorado con un trazo horizontal, del que parten un haz de líneas oblicuas paralelas. Cronología: s. XII” (Bohigas et al. 1984: 156; n.º 14).
- N.º 20: “Panza con decoración pintada (...) Decoración a base de líneas verticales paralelas que arrancan de una horizontal. Cronología: s. XI-XII” (Bohigas et al. 1984: 159; n.º 25).

Todos estos restos son los que más menciones han suscitado. La determinación de su cronología ha propiciado diferentes comentarios y clasificaciones. De forma general fueron asignados a “época visigótica” (Carballo, 1935a: 245), salvo aquellos claramente con filiación bajoimperial (TSHT, vidrios y monedas). En otras ocasiones se han agrupado en relación a su tipología, dividiéndolos en dos conjuntos: las cerámicas y el resto de material (Fernández González, 2015: 22).

Además, conocemos otros restos materiales, pero debido a que no hubo una mención expresa del lugar en que se hallaron, en la actualidad, no es posible contextualizarlos de forma exacta. Son los siguientes:

— Tesorillo de carácter dudoso (Pérez/Illarregui, 1997: 620-621), de época constantiniana, para el que Vega de la Torre (1991: 154) propone su procedencia como Suano<sup>13</sup>.

— Fragmento de enmangue en hueso, de forma troncocónica y aspecto irregular. Pieza inédita depositada en el MAN (Fig. 10.1).

— Pequeño recipiente realizado a mano, en forma de pequeña escudilla carenada, con labio recto, ligeramente exvasado, de fondo plano (n.º inv. MAN 73/58-CL1131) (Fig. 10.2).

— Fragmento de olla realizada a mano, formado por el borde ligeramente invasado con el labio recto que se estrecha adquiriendo aspecto redondeado (n.º inv. MAN 73/58-CL1132) (Fig. 10.3).

— Fragmento de panza realizada a mano, correspondiente a una escudilla carenada, que presenta decoración en forma de tres líneas en zigzag paralelas horizontales, enmarcadas entre dos líneas verticales, sobre la carena. Una de las líneas se prolonga fuera de este marco. Además, por debajo de la carena se dispone otra línea horizontal (n.º inv. MAN 73/58-CL1130) (Fig. 10.4).

— Podona de hierro, que no conserva la punta ni el enmangue (n.º inv. MAN 73/58-CL1121) (Fig. 10.5).

— Podona de hierro con el filo curvado y enmangue con un clavo como ajuste (n.º inv. MAN 73/58-CL1123) (Fig. 10.6).

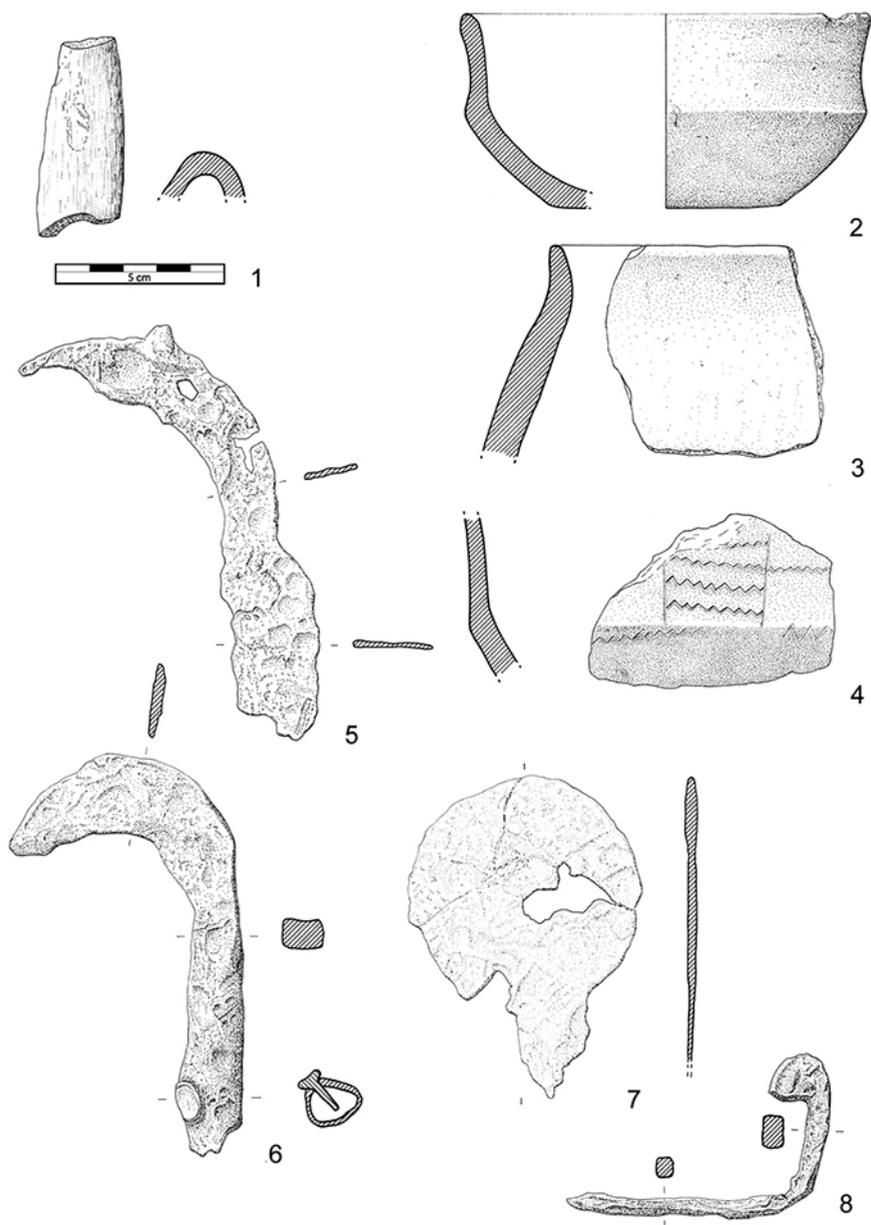
— Posible fragmento de herramienta de hierro de forma circular, de sección plana (n.º inv. MAN) (Fig. 10.7).

— Clavo o escarpia de hierro, de sección cuadrada en la punta, que se ensancha hacia la cabeza (n.º inv. MAN 73/58-CL1124) (Fig. 10.8).

### El cenizal (Fig. 2.3)

Otro de los lugares descritos por la singularidad de los hallazgos descubiertos fue el área que se denominó como cenizal. En la primera visita que realiza Navarro (1934: 226) indica que comprobó la existencia de cenizales a unos 50 metros de la boca. Señala su exacta posición en el plano, por lo que no cabe duda de su localización. También describe cómo se hallaron restos de trigo carbonizados junto con residuos de comida “(*buesos pequeños, la mayoría de aves*)” bajo una capa estalagmítica. A ello habría que sumar la aparición de varios fragmentos de cerámica arrinconados, en la superficie del mismo lugar. Estos fragmentos permitieron recomponer la silueta del recipiente a Navarro (1934: 228-229), catalogándola como pieza n.º 1. Este contexto también fue recogido por Carballo (1935a: 245), quién señaló que allí, “*a mano derecha y sobre la estalagmita*”, se halló una gran cantidad de trigo carbonizado, interpretada como el lugar en el

<sup>13</sup> Vega de la Torre (1991: 154) comenta expresamente: “*Hace algún tiempo (34) tuve ocasión de mencionar un posible tesorillo de cronología constantiniana, hallado al parecer en Valderredible. Indagaciones posteriores me indican que tal procedencia es falsa, siendo más probable que se recogiera el conjunto en Suano.*” Anteriormente había relacionado el tesorillo con algún lugar de dicha comarca, solo conociéndose su posible numerario de época constantiniana (Vega de la Torre, 1985: 260).



**Figura 10.** Objetos encontrados en la “Galería del yacimiento” por Jesús Carballo. (1) empuñadura en hueso; (2) pequeño cuenco; (3) fragmento de olla; (4) fragmento de cuenco con decoración en zigzag; (5) podona de hierro; (6) podona de hierro; (7) fragmento de herramienta de hierro; y (8) Clavo o escarpija de hierro.

que se cocinaron. Posteriormente, Hoyos (1940: figura 3) aporta un dibujo donde se muestra una sección en el que una teja aparece por encima de las cenizas, indicando en el texto adjunto que la capa estalagmítica formaba 15 mm de grosor por encima de las cenizas (Hoyos, 1940: 111). Además, incide en la asociación entre la cerámica rojiza<sup>14</sup> con el hacha de bronce que apareció cerca de ella, junto con “*punzones de cobre*” de sección cuadrangular. En suma, la pieza cerámica (n.º 1 de Navarro) allí descubierta sería la siguiente:

— Recipiente hecho a mano, con amplia base, no plana, con pasta basta homogénea de color ocre ladrillo. Dimensiones: 5 cm de grosor (Fig. 11). Se halló en la proximidad a los granos carbonizados, muy pegados al rincón mencionado (Navarro, 1934: 228-229, fig. 1)<sup>15</sup>.

### Interior de la Galería General (Fig. 2.4)

El cuarto contexto tiene un carácter singular, vinculado a la aparición de un hacha metálica<sup>16</sup> propia de la edad del Bronce. El día 2 de octubre de 1935, el padre Carballo describe el hallazgo de ésta “*en el interior de la galería general*” (Carballo, 1935a: 238), concretamente “*en el lado izquierdo del cenizal, a 0,30 m de profundo. (...) Estaba entre piedras de acarreo mezcladas de arcilla.*” (Carballo, 1935b); para detallar en la publicación que “*fue hallada en el interior cerca de uno de los cráneos.*” (Carballo, 1935a: 250). Al confrontar este dato con el diario de excavación comprobamos que el día 1 de octubre se halló un cráneo “*en el ensanchamiento a derecha, pasado el cenizal*” (Carballo, 1935b: 238) lo que permite conocer su posición, no obstante, a pesar de la aparente asociación con estos restos óseos no es seguro asignarle un uso como ajuar. La imagen del objeto en forma de dibujo fue mostrada por Carballo (1935a: fig. 1)<sup>17</sup>, lo que permitió su identificación de antiguo. Estuvo expuesta en el antiguo Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander en la vitrina 49 (González Echeagaray/García Guinea, 1963: 67), y en la actualidad se encuentra en la exposición permanente del MUPAC (área “Los primeros metales”, vitrina “Las hachas: trabajo diario y creencias”):

— Hacha plana de bronce de perfil trapezoidal de sección estrecha con marcados trazos cóncavos de los laterales que culminan en un filo expandido convexo y estrecho de extremos pronunciados marcados (Fig. 12).

Las hachas planas alcanzan una larga trayectoria temporal y una cierta dispersión. Su inicio se encuentra en los orígenes de la metalurgia donde convivirá con la piedra pulimentada y seguirá su trayectoria durante la Edad del Bronce hasta alcanzar la Edad del Hierro. Este tipo

<sup>14</sup> Hoyos (1940: 112) determinó que corresponderían a época eneolítica.

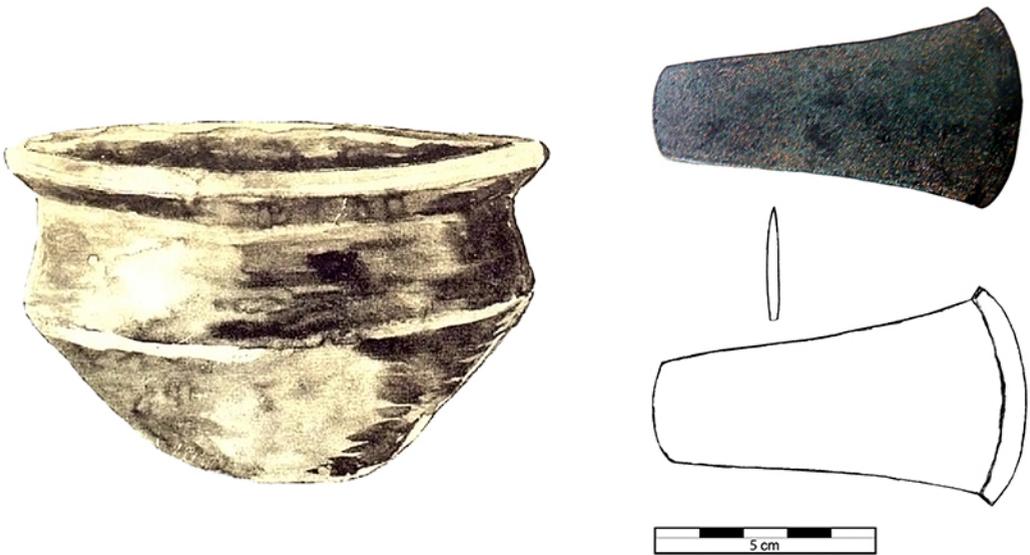
<sup>15</sup> En el MUPAC, se conserva etiqueta manuscrita con el siguiente texto: “*Grua de Suano (Reinoso). Fragmento hallado por Carlos Navarro en la superficie del Cenizal con trigo carbonizado + Año 1935*”. Ello plantea que alguno de los fragmentos allí conservados sea esa pieza. Solo dos fragmentos de los conservados se asemejan por su perfil, sin embargo, ambas piezas se corresponden con otro ejemplar: el número 2 de Navarro. Se evidencia la ausencia de otros ejemplares descritos por este autor.

<sup>16</sup> Hoyos (1940: 112) la consideró como eneolítica, junto a los “*punzones de cobre*”.

<sup>17</sup> Posteriormente, Rincón (1985: 147, figura superior) muestra una fotografía de la pieza junto a otras dos hachas procedentes de Valdeajos y El Calerón (Torrelavega). Esto permite comprobar su correspondencia con la ilustración aportada por Carballo.

de herramientas se documentan en yacimientos Precampaniformes, Campaniformes, Protocogotas y en la etapa plena del Bronce Final y Cogotas avanzado, siendo la Edad del Hierro la época más moderna para su fabricación (Delibes et *al.*, 1999; Herrán, 2008). Los modelos trapezoidales representan las más modernas producciones de hachas planas fundidas sobre todo durante el Bronce Medio.

El hacha metálica de Suano se puede situar en el tipo B establecido por Delibes y Manzano para ubicar a los modelos más evolucionados y más concretamente en el subgrupo B1 (Delibes et *al.*, 1999: 44-49). Es muy semejante en medidas y tipología a las halladas en Cueva de Quintanaurría (Burgos), Cueva del Picacho (Santo Domingo de Silos, Burgos), Cueva Mayor (Atapuerca, Burgos), Cueva Tino (Mave, Palencia) (Alcalde/Rincón, 1979), Las Tuerces (Villaescusa de las Torres, Palencia) (Alcalde, 1990) o las de la Cueva del Pendo y la aparecida en una casa de Revilla (Camargo, Cantabria) (Muñoz/Malpelo, 1992), entre otras. Se podría quizás asignar al Bronce Medio por su tipología tardía, y se ha asociado al nivel de ocupación del yacimiento, ante el problemático vínculo con algún enterramiento (Serna, 1983-1984: 261), aunque también se ha señalado que las “*circunstancias de aparición están bastante confusas*” (Rincón, 1985: 144).



**Figuras 11 y 12.** Recipiente encontrado en el “Cenizal” por Carlos Navarro (1934: fig. 1), y hacha encontrada en el “interior de la galería general” por Jesús Carballo.

A pesar de estos condicionantes y contradicciones con el diario, se tiene también noticia de la aparición de otros restos asignables a la Edad del Bronce. El propio Rincón (1985: nota n.º 5) señala tener “*noticias verbales de la aparición de un cuenquito igual a los del Aer, Castañera, etc. de paredes lisas y pequeñas dimensiones, “con el fondo plano, como un vaso actual grande”, y además menciona la recogida de un nuevo punzón “entre las arenas sedimentarias que cubrían la galería señalada por los antiguos excavadores”.*

Ese mismo día, Carballo (1935b) recoge en el diario la aparición de “*una piecita de arenisca blanda con orificio artificial; pudiera ser amuleto – Mide...*”. Esta pieza se encuentra en la actualidad en el MUPAC.

### Sala K (Fig. 2.5)

El quinto contexto está relacionado con la prospección de Navarro. Éste describió el hallazgo de huesos humanos en la galería que denomina como K, donde en su parte profunda se detectó la presencia de “*palos y hojarascas que arrastran las corrientes invernales*” (Navarro, 1934: 232). Este lugar es el mismo en el que posteriormente, el día 1 de octubre de 1935, Carballo (1935b) realizó un “*reconocimiento en la nueva galería de la derecha*” encontrando “*parte de un esqueleto humano, trozo de cráneo sin mandíbulas, varias costillas, algunas vértebras y otros fragmentos. Una mandíbula inferior, sin saliente y con genis, por eso parece poco arcaico*”.

### Sala G (Fig. 2.6)

Carballo (1935b) comenta que el día 3 de octubre “*salen dos cráneos en el anchurón antes de la sala de los esqueletos: a 1ª vista nada presentan de arcaico. Aún suponemos que hay más*”. Ese mismo día comentaba que el Sr. Muñoz, al levantar el plano de la última parte, encuentra dos galerías más; hoy difíciles de identificar. Además, señala que ensanchó “*los pasos obstruidos con el fin de realizar sondeos en toda la caverna*”. Días después, el 12 de octubre, hizo revisar las galerías interiores, sacándose otros dos cráneos deteriorados. La proliferación de restos humanos dispersos superficialmente puede achacarse como motivo de las rebuscas en la “*Galería a los Cráneos*”.

### La “Galería de los Cráneos”<sup>18</sup> (Fig. 2.7)

El último contexto está relacionado con la parte más profunda de la cavidad; aquella que los “*mozos*” de Villacantid despejaron en su entrada, hallando restos de humanos y materiales (una escudilla completa como resto singular). Las noticias sobre esos descubrimientos ofrecen datos diversos y —en ocasiones— contradictorias, por lo que es difícil conocer con exactitud algunos detalles. A pesar de ello, el grueso de noticias evidenciaba la importancia de los restos hallados. Allí se encontraron más de cuarenta esqueletos humanos,

<sup>18</sup> Navarro (1934: 231) denomina a este lugar específicamente como “*nueva galería de los cráneos*”.

entre unas y otras exploraciones, siendo imprecisa la cifra total (Carballo, 1935a: 249)<sup>19</sup>. De esta manera, las menciones sobre restos en esta área de la cueva son las siguientes:

Navarro (1934: 226) señala que fueron cinco los cráneos extraídos por los “mozos”. Carballo habló de “*un crecido número de esqueletos humanos*”, que sufrieron diversos avatares al “*salir de la gruta jugando con los cráneos y destrozando las demás piezas óseas*”. A su vez, se conoce que en un saliente de la roca sobre un cráneo se halló una “*escudilla*” o “*pucherito*”), sacada por los “mozos” para su venta (Carballo, 1935a: 235, 244, 250).

En la visita de Navarro (1934: 226) realizada el 21 de agosto de 1934, éste comenta el hallazgo “*de tres cráneos más y de varios trozos de cerámica*”. Los restos óseos aparecieron a noventa metros de la entrada a la “Galería de los Cráneos”. Nueve de un total desconocido fueron recuperados en un estado de conservación lo suficientemente aceptable como para ser estudiados, mientras que el resto estaba “*en revuelta confusión de huesos y medio hundidos en la arcilla que forma el lecho del arroyo*” (Navarro, 1934: 331). Otro cráneo fue hallado por el mismo Navarro (1934: 332) a 35 metros de los anteriores, “*casi cubierto por la arcilla*”, cuyos rasgos a primera vista parecían más modernos. Además de estos restos antropológicos aparecieron los siguientes recipientes o fragmentos cerámicos:

— Varios fragmentos pertenecientes a un recipiente hecho a mano, de color negro, cercano al pardo; porosidad y homogeneidad mediana, pero con superficie suave y no muy igualada. Uno de los fragmentos conservó todo el perfil. Dimensiones: grosor entre 0,4 y 0,6 cm. Fue reproducida en la figura 2 de Navarro, lo que permite su reconocimiento. Se halló “*en la galería de los huesos, próxima a los primeros descubrimientos, entre el lecho de arcilla en que yacían la mayoría*”. Para éste, fue la pieza más interesante de las halladas, y la considera del “*período eneolítico en los albores de la edad del bronce*” (Navarro, 1934: 229). Posteriormente, Hoyos (1934: 112) estima la misma consideración (Fig. 13.1). Es de destacar que, entre el material conservado en el MUPAC, hay dos fragmentos de un recipiente similar, lo que hace pensar que se trate del mismo objeto o ejemplar<sup>20</sup>. Su superficie aparece con restos de escayola y de pegamento, como si fuesen los restos de una restauración. Uno de ellos presenta todo el desarrollo del cuerpo, conservando un cuarto del recipiente (Fig. 13.2). El segundo ejemplar corresponde a un fragmento con el desarrollo del borde y hombro (posee una etiqueta pegada con el n.º 65). También presenta restos de escayola y pegamento.

— fragmento de cerámica (n.º 3 de Navarro) de la misma pasta que el n.º 2 (de Navarro). Parece ser que la vasija fue encontrada —casi completa— por “*los mozos de Villacantid y mutilada por ellos*” en un resalte sobre las calaveras. La mutilación impidió una segura reconstrucción de la misma; a pesar de ello, proporciona un dibujo de la misma (Navarro, 1934: 229, fig. 3). Hoyos (1934: 112) la denomina como “*media escudilla*” y

<sup>19</sup> Según la prensa serían 34 cadáveres (El Sol, 29-07-1934; La Libertad, 29-07-1934; Época, 30-07-1934; La Nación, 30-07-1934; Ahora, 31-07-1934; La voz, 31-07-1934) o unos treinta (El Heraldo, 31-07-1934).

<sup>20</sup> Entre las etiquetas conservadas existe una con la siguiente inscripción: “*Pedazos interesantes de cerámica que se encontraron con las calaveras. El resto de (...) la boca. Cueva de (Su)ano-(Reinosa)*”.

llega a señalar que fue “*ballado encima de las calaveras del 2º grupo, colocado in situ, como ofrenda o viático*” (Fig. 13.3).

— Fragmento de cerámica (n.º 5 de Navarro) muy basta e irregular, de color ladrillo menos rojizo que la n.º 4, con la pasta negra. Dimensiones: grosor entre 1,3 y 1,5 cm y diámetro de 1,2 cm. No fue reproducida, por lo que es difícil su identificación. Se halló “*en la galería de los huesos*” (Navarro, 1934: 230).

Posteriormente, el propio Carballo descubrió “*más de treinta esqueletos humanos*”, especificando que parece que debieron ser colocados “*con arreglo a ritual*” (Carballo, 1935a: 238), aunque achaca que se hallasen removidos por las continuas aguas. En este sentido, se generó una explicación sobre el porqué de la presencia de los restos óseos entre el fango, atribuida a la mezcla ocasionada por la acción natural de la escorrentía del agua (Carballo, 1935a: 237), sin embargo, en el diario de excavación no se menciona nada sobre estos restos óseos.

Y entre el material arqueológico reconocido en el MUPAC, además del señalado anteriormente, se detectan los siguientes ejemplares:

— Fragmento de cerámica con pared recta (Fig. 13.4). La ausencia de borde exvasado impide su identificación con el fragmento n.º 3 de Navarro. También presenta restos de pegamento en un lateral.

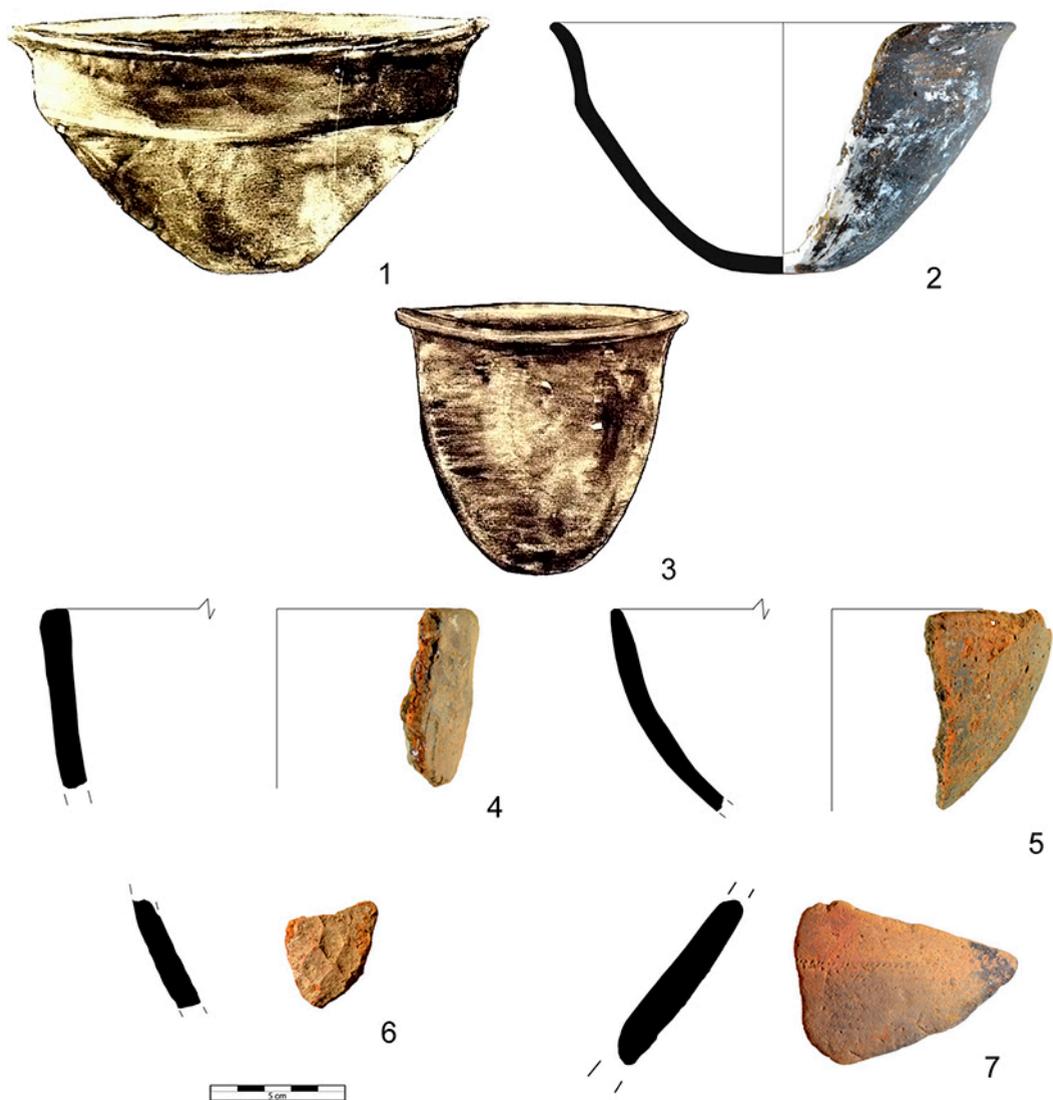
— Fragmento de cerámica con pared abierta (Fig. 13.5).

— Fragmento de cerámica con decoración en forma de retícula de panel (Fig. 13.6).

— Fragmento de cerámica con decoración en forma de líneas en zigzag (Fig. 13.7).

Reconocemos que son pocos los datos con los que contamos para realizar un reestudio cerámico, pero los pocos que han llegado hasta nosotros son muy significativos, si observamos los pocos materiales de este tipo que se han publicado en esta zona geográfica española. La cerámica que conocemos o la poca que se ha conservado se caracterizan por ser una vajilla en su mayoría lisa, destacando los cuencos y tazas carenadas, ollas y grandes vasijas de almacenamiento con decoraciones de cordones aplicados y digitalizaciones. Se observa en el conjunto representado (Fig. 13) la carena alta de los cuencos n.º 1 y 2 y la decoración de espiguilla incisa del n.º 7, elementos muy característicos del Bronce Medio-Protocogotas (antes del siglo XV a. C.). A estos materiales cerámicos les suelen acompañar elementos metálicos de cobre como las hachas planas como la que con anterioridad hemos reflejado. Estos tipos, característicos del horizonte de los Tolmos de Caracena, son muy corrientes por todo el valle del Duero, y cuentan con importantes asentamientos en la provincia de Palencia.

El Bronce Antiguo cada vez se va documentando mejor por toda la Meseta Norte. No obstante, es conveniente resaltar que donde mejor representado se nos ofrece es en los rebordes montañosos de la Meseta Norte, localizaciones donde encaja nuestro yacimiento de la cueva de Los Hornucos en Suano y los similares del Cañón de la Horada situados a la izquierda del río Pisuerga: Cueva Tino, Cueva Pradillos, Rubia, en Mave (Palencia), entre otros (Alcalde/Rincón, 1980; Pérez Rodríguez, 1999; Pérez/Arroyo, 2018).



**Figura 13.** Recipientes encontrados en la “Galería de los Cráneos”: (1) por Navarro (1934: fig. 2); (2) mismo ejemplar depositado en el MUPAC; (3) Encima de las calaveras, según Navarro (1934: fig.3); (4-7) Otros fragmentos depositados en el MUPAC.

Otros materiales conservados en los fondos como procedentes de Suano son:

- Dos valvas correspondientes a dos bivalvos diferentes (Fig. 14.1 y 2).
- Dos pequeños sílex, uno muestra restos de facetas con forma piramidal. El segundo, de cortes casi rectos, forma un pequeño prisma (Fig. 14.3 y 4).
- Dos alisadores. Uno bajo aspecto de canto rodado, el talón y un lateral parece presentar pulimiento, frente al único corte. El segundo corresponde a un canto longitudinal de bordes redondeados, sin señales de marcas (Fig. 14.5 y 6).
- Dos fragmentos de plomo, de morfología longitudinal (Fig. 14.7 y 8).
- Pequeña cuña de hierro y fragmento cúbico. Posiblemente corresponda a un fragmento de otra herramienta (Fig. 15. 1 y 2).
- Dos fragmentos de cuchillo. Uno corresponde a la parte del empuñadura, con su característico estrechamiento, y no conserva la punta. El segundo, compuesto por dos fragmentos, corresponde a la punta de otro pequeño cuchillo (Fig. 15. 3 y 4).
- Puntero o cincel de hierro con el mango de sección circular que se estrecha al llegar a la hoja. Su final es desconocido al estar fracturado, por lo que no es posible concretar la forma que tuvo su corte, en el filo o punta (Fig. 15. 5). Posible herramienta de carpintero.
- Placa de hierro con tres pequeños clavos de forma de remaches (Fig. 15. 6).
- Restos de la pala de una cuchara, de forma ovoide poco profunda (Fig. 15. 7). En el fondo XV, U.E. 31/6, de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid), de contexto romano imperial, apareció una pala de un aspecto similar (n.º de inventario 1536) (Penedo *et al.* 2001: 160), igual que la que porta la hallada en la necrópolis de Albalate de Las Nogueras (Cuenca) (Fuentes, 1989: 71).
- Dos fragmentos de finas láminas de bronce con orificios cuadrangulares. Uno de forma cuadrada con un orificio cuadrangular en cada una de las aristas. El segundo solo corresponde a una esquina de otra placa que conserva un orificio semejante (Fig. 15. 8 y 9).
- Tres fragmentos de asa en forma de hilo enrollada y retorcida. Uno de ellos corresponde al cierre en forma de dos lazos cerrados (Fig. 15. 10-12).
- Fragmento de recipiente, correspondiente a parte curva de un posible crisol (Fig. 15. 13).
- Tres fragmentos de bronce doblados sobre sí mismos y con remaches (Fig. 15. 14-16).

### Historiografía sobre ocupación y enterramientos en cuevas

La presencia de restos de distinta índole en cavidades dentro de época histórica ya ha suscitado de antiguo diferentes estudios, reflexiones e interpretaciones, por lo que no se podría considerar como un fenómeno novedoso. Incluso nosotros, en otras ocasiones, ya incidimos en resaltar y analizar diferentes aspectos vinculados a este tipo de ocupación. Creemos que

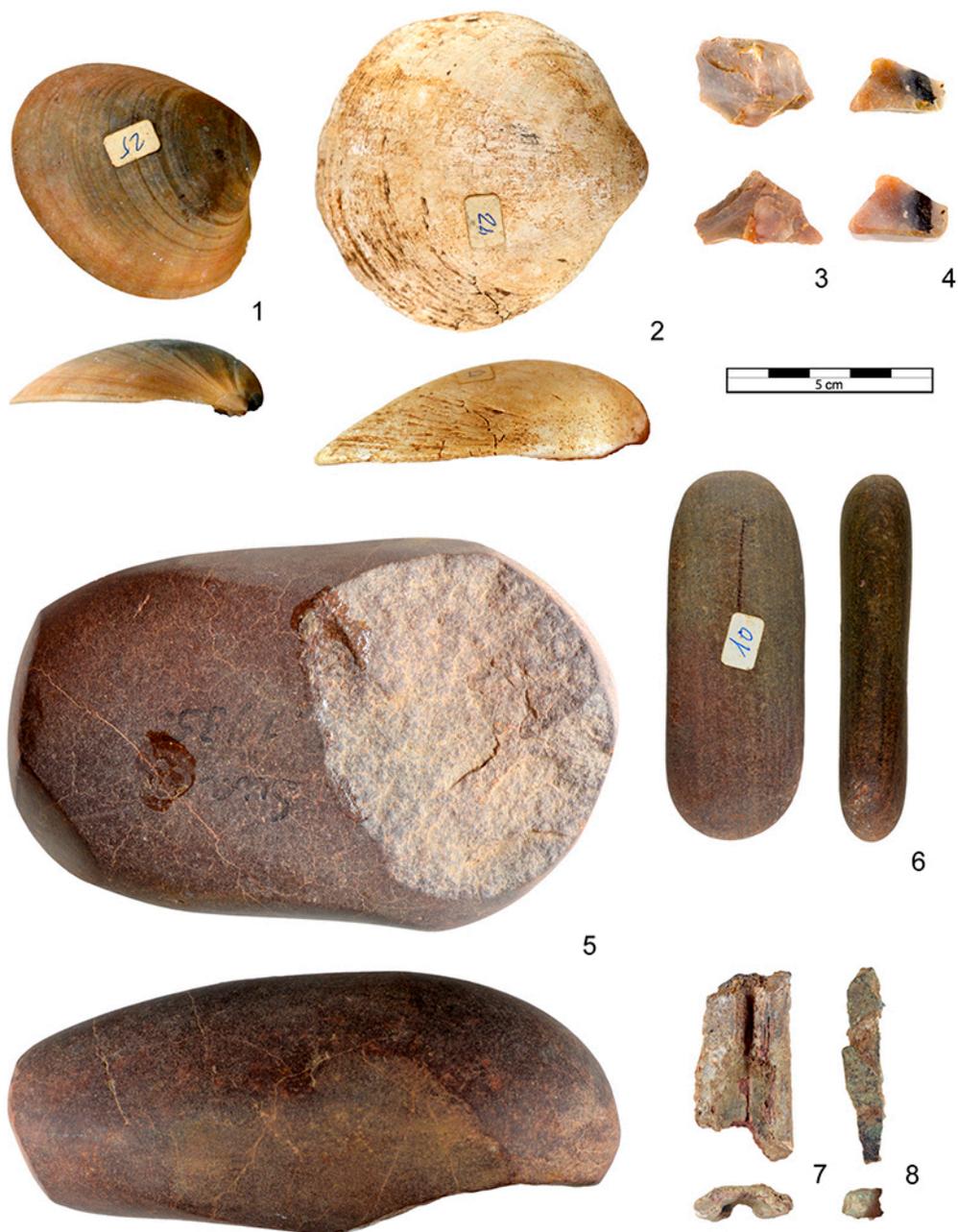
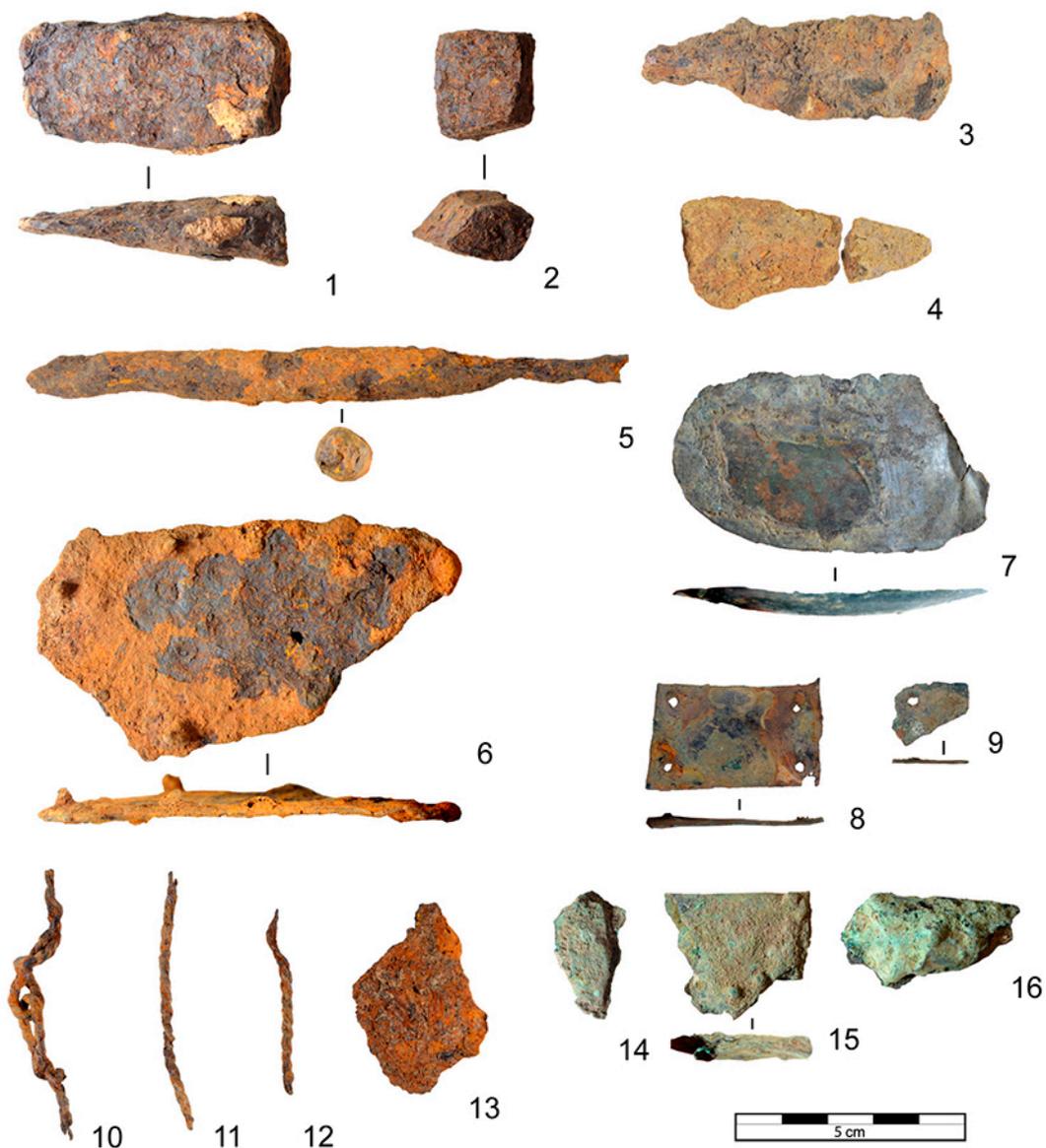


Figura 14. Objetos depositados en el MUPAC: (1 y 2) dos valvas; (3 y 4) dos sílex; (5 y 6) dos alisadores; (7 y 8) dos plomos.



**Figura 15.** Objetos depositados en el MUPAC: (1 y 2) cuña y fragmento de hierro; (3 y 4) fragmentos de cuchillos; (5) escoplo; (6) placa de hierro; (7) cuchara; (8 y 9) láminas de bronce; (10 a 12) fragmentos de asa; (13) fragmento de recipiente, posible crisol; y (14 a 16) fragmentos de bronce.

ahora no es el momento de recoger todos esos estudios, más cuando generalmente no ha existido una visión crítica. A pesar de ello señalaremos algunas de las principales aportaciones.

Podemos decir que J. R. López Rodríguez fue uno de los pioneros en percatarse y proponer un análisis global sobre la ocupación de cuevas durante el final del periodo romano, al estudiar en su tesis doctoral las TSHT decoradas a molde. Su estudio es clarificador, y rompe con hipótesis anteriores. Propuso un modelo explicativo, tras desechar las teorías de Apellániz (1972) en el ámbito vasco, ya que sus planteamientos estaban cargados de anacronismos, motivados por un “*mal entendido nacionalismo*” (López Rodríguez, 1985: 148). Recogió un corpus de 21 cuevas con presencia de TSHT decorada a molde. A nivel interpretativo, descartó las cuevas como lugar de hábitat, estimando que serían simples “*ocupaciones*”. No serían causa de la inseguridad, sino producto de la transformación en la actividad agrícola y ganadera durante la Antigüedad tardía, donde las cuevas servirían como lugar de refugio a pastores itinerantes. A su vez, considera determinante el factor geomorfológico en la dispersión de hallazgos y no susceptible a un grupo étnico determinado. Por último, descartaba considerar el uso funerario como algo exclusivo, entendiéndolo más bien como una práctica excepcional (López Rodríguez, 1985: 152).

Por una parte, uno de nosotros, al estudiar los restos tardorromanos en Cantabria, recogió las distintas opiniones vertidas hasta entonces sobre este fenómeno. Éstas versaban desde lugares que sirvieron como escondite, hasta lugares de culto vinculados a la cristianización, de enterramiento con rituales paganos o como hábitat de carácter marginal (Pérez/Illarregui, 1997: 625).

Además, otro de nosotros, al analizar el poblamiento tardoantiguo en Soria, estableció una variabilidad de casuísticas, además de incidir en algunas ideas señaladas por J. R. López Rodríguez, caso de considerar algunas de las ocupaciones como fruto de una actividad ocasional, y que alguna de ellas pudo servir de refugio ganadero, aunque otras quedarían fuera de estos parámetros, caso de aquellas que contuvieron hallazgos litúrgicos que se relacionarían con actividades eremíticas. Los restos cerámicos evidencian hábitats muy reducidos, producto de unas nuevas condiciones socioeconómicas, fenómeno observable en toda la Península. En relación a la función cementerial, ya consideramos que no se podía estimar como exclusiva, y nos percatamos de que en ocasiones se había vinculado frívolamente todo resto a ese empleo, sin haberse realizado un análisis concreto de cada contexto. De la misma manera, existen datos para considerar que este tipo de asentamiento u ocupación del territorio desapareciera tras el 711 (Dohijo, 2011: 376-379).

En los últimos años, la utilización de cavidades naturales con un uso funerario ha sido objeto de insistentes análisis por parte de varios investigadores (Muñoz Fernández *et al.*, 2003; Gutiérrez González, 2010; Gutiérrez Cuenca/Hierro Gárate, 2007, 2012a; *Id.*, 2012b; Hierro Gárate 2002; *Id.*, 2011). En ocasiones, la presencia de cualquier objeto tardoantiguo se vincula a restos óseos humanos existentes, asumiendo directamente un carácter funerario. La proliferación de hallazgos ha ocasionado interpretaciones variadas (Fernández González, 2015: 82-83), unas veces considerándose como hábitats en cueva producto de la emigración provocada por la invasión musulmana o el efecto de catástrofes epidemiológicas, otras, como

espacios reservados para la práctica de las pervivencias religiosas paganas, o a los enterramientos de magnates locales (Hierro Gárate 2011: 385-391; Gutiérrez Cuenca/Hierro Gárate 2012a: 198; Gutiérrez González, 2010).

De manera general, se puede observar una línea interpretativa basada en explicaciones socio-económicas dentro de las transformaciones propias acaecidas durante la Antigüedad tardía y, frente a esta línea, otra insiste en tópicos historiográficos relacionados con la inseguridad del momento o la penuria social reinante.

### Valoración funcional de la cueva de Los Hornucos

Una de las cuestiones más destacadas sobre los restos hallados en la cueva de Los Hornucos es el uso o usos que de ella hicieron las comunidades que la frecuentaron durante las distintas épocas históricas. A este respecto, hay que recalcar la divergencia en las opiniones, en función de querer destacar un aspecto u otro dentro de las explicaciones a fenómenos globales, como es el aprovechamiento de cavidades durante algunos periodos paleolíticos, post-paleolíticos (Edad del Bronce-Hierro) o la época tardoantigua (romana-visigoda-medieval).

Por una parte, Navarro (1934: 229), Carballo (1935: 249-250 y 1935b) y Hoyos (1940: 104, 128 y 133), estimaron el uso sepulcral de la cavidad durante la Edad del Bronce, a tenor de los contextos de aparición y del análisis antropológico realizado por Hoyos. Fue el hallazgo de un gran número de esqueletos, en la parte más profunda de la cavidad, lo que motivó el revuelo mediático de su descubrimiento. Este planteamiento fue unánime hasta recientemente —véase, simplemente, la imagen ofrecida por Bohigas (1982a: 91)—. También se atribuyó un uso habitacional puntual durante ese periodo, relacionado con el contexto definido como “cenizal”, al asociarse con el hallazgo del hacha de bronce y de un recipiente (cuenco), aspecto que plantea la versatilidad de usos durante la Prehistoria Reciente. En nuestra revisión de materiales, hemos identificado recipientes asociados al contexto funerario, localizado en la “Galería de los Cráneos”, más otros sin una localización precisa, correspondientes a fragmentos de diversos recipientes. La variedad y cantidad de restos, unido a la existencia del contexto denominado como “cenizal”, determina la existencia diferencial de usos.

Por otra parte, más variadas y polémicas han sido las opiniones e hipótesis sobre los usos atribuidos al final del periodo romano y época tardoantigua. Existen tres posturas a considerar sobre su utilidad:

- Uso exclusivo de hábitat.
- Uso polivalente de hábitat en el vestíbulo y cementerial en el interior.
- Uso exclusivo cementerial.

La acumulación y variedad de restos correspondiente a la Tardoantigüedad (siglos IV-VIII) en la sala más cercana a la entrada de la cueva, propició desde un principio la interpretación como lugar habitacional durante este periodo. A ello se unía la existencia de “*estructuras habitacionales*” (Fernández González, 2015: 82-83), concretamente un muro

delimitador en el exterior, varios suelos y una atarjea de evacuación de aguas. Hierro (2002: 116) los califica como “*poco claros*”. En cambio, Pérez Rodríguez y Cos (1985: 323-324) consideran que estos restos constructivos pudiesen retrotraerse hasta el siglo V y mantenerse en uso en el VII. Fernández Vega (2006: 84-85) sugiere que sean posteriores, a pesar de que la tome como paradigma de la ocupación con fines de habitación, junto a Cudón. Fernández González (2015: 74) los califica de carácter “civil”, aunque también se recojan como “*ocupación de cuevas*” (Fuentes/López, 1999: 225).

J. González Echegaray (1969: 16) especificaba que la presencia de objetos litúrgicos en determinadas cavidades<sup>21</sup> —entre las que situaba la de Suano— era muestra del culto cristiano en cuevas “*donde sin duda habitaban los monjes misioneros*”. Ésta hipótesis será recogida por Guerra de Viana vinculándola a la penetración del cristianismo. De esta manera, su uso sería habitacional en consonancia con la presencia de un muro de separación y un pavimento muy rústico, con una ocupación genérica entre el siglo V y el VIII d. C. (Guerra de Viana, 1996: 13 y 15). El vínculo entre determinados objetos, como la cucharilla y el mango, con una función litúrgica, ha sido considerado tradicionalmente (Hierro, 2002: 116). En otros ámbitos geográficos, como el Alto Duero, también aparecen restos vinculados al incipiente eremitismo imperante en la época, desligándose de las corrientes intelectuales y de la forma de vida desarrollada en ciudades o villas (Dohijo, 2011: 376-379). Esta dinámica no supuso su exclusión de la sociedad tardorromana, ya que, a pesar de su marginalidad o pobreza, siguen dentro del mecanismo social. Resulta recurrente asignar la ocupación ocasional como refugio (Pérez Rodríguez-Aragón, 1992: 965), puesto que es un aspecto de difícil demostración, tenido más como justificación historiográfica, en la que se hace recaer una pretendida inseguridad general a todo el período Tardoantiguo y Altomedieval. Fernández Vega (2006: 83-84) se plantea si la ocupación de cuevas y eremitorios rupestres fuesen dos versiones de un mismo fenómeno espiritual, asignando a la cueva de Los Hornucos y a la de Cudón el mismo significado dentro de ese conjunto de cavidades relacionadas con el eremitismo.

Por otra parte, la presencia de restos óseos humanos en la cueva ha ocasionado que recientemente se hayan relacionado esos restos con épocas históricas, concretamente con la “visigoda”. Fernández Vega planteó un tercer uso de la cueva de Suano, relacionado con fines funerarios, al vincular los restos descritos por Carballo con el mundo tardoantiguo. Negaba la asociación con restos prehistóricos y, para ratificar dicha asignación, hizo extensible su asimilación con otros hallazgos con similitudes formales. No obstante, él mismo muestra dudas al unir los conceptos de eremitismo y paganismo en la misma cueva (Fernández Vega, 2006: 86-88). Mientras que Fernández González (2015: 82-83) ha negado taxativamente dicha conexión, otros han secundado fervientemente la exclusividad de esta corriente durante la última década. Para dar consistencia a la argumentación, se obvian los contextos precisos de descubrimiento de los restos o se insiste en poner en duda la metodología o incluso los contextos de aparición conocidos. Así se ha llegado a considerar que “*en varias cavidades se ha*

<sup>21</sup> Además, mencionaba las de La Horadada (Mave, Palencia), Cudón (Torrelavega, Cantabria) y Covadonga (Cangas de Onís, Asturias).

*mencionado la posibilidad de que los materiales de época visigoda documentados en ellas se encontrasen asociados a restos humanos. (...) En los últimos años, materiales y yacimientos clásicos, como el jarrito de la Mina “El Milagro” (Bobia de Arriba, Onís, Asturias) y la cueva de Los Hornucos (Suano, Campoo de Suso), han aumentado la nómina de esos posibles contextos sepulcrales en cueva” (Hierro, 2011: 370). Fernández González (2015: 75 y 93) se decanta por considerar la cueva como lugar cementerial durante ese periodo, a pesar de negar en el mismo estudio la relación entre restos óseos y restos suntuarios (Fernández González, 2015: 82-83).*

Por tanto, con los datos existentes, se aprecia claramente actividad humana durante dos periodos. En el Bronce Medio-Final existiría tanto un uso sepulcral al final de la cavidad como otro ocasional ocupacional en relación a un cenital en la sala C, posiblemente vinculado a un hogar próximo. Es difícil dilucidar si ambas actividades fueron coetáneas y el tiempo en que se prolongaron. El alto número de esqueletos hallados podría suponer teóricamente el uso prolongado de una comunidad. El fenómeno de las cuevas sepulcrales, tanto de enterramientos individuales como múltiples, durante el Calcolítico y la Edad del Bronce, es extensamente conocido en los entornos, entre los que se incluyen los ejemplos de Cueva Tino y seguramente Cueva Corazón, en la provincia de Palencia (Alcalde/Rincón, 1979), y la Cueva de Piscarciano, Cueva Palomera, Kubía y La Garma en Burgos (Arribas Magro, 2016: 117; Bohigas *et al.*, 1984).

Para época tardoantigua, tras el análisis de publicaciones, diario de excavación y la revisión de los objetos depositados en el MAN y MUPAC, se constata una gran variedad de materiales, no asociados a restos óseos, principalmente vinculados a los contextos de aparición localizados en el abrigo y de la primera sala. Esta variedad de elementos implica el uso habitacional del lugar en época tardoantigua. Se constatan objetos propios de la indumentaria (distintos tipos de hebillas y botón) o suntuarios (asas, empuñadura, cuchara); otros, hacen relación a distintas actividades económicas, relacionadas con la agricultura (podones, molinos, recipientes de almacenaje), la carpintería (serrucho y escoplo), la cantería (cincel y cuña) y economía (monedas); además de otros útiles (cuchillos) armas (regatones y machetes) y piezas de cubertería (cucharilla), vajillas y recipientes de cocina (ollas, cuencos), metálicos.

### **Valoraciones sociales (vías y mantenimiento poblacional) en la cueva de Los Hornucos**

Alguna de las implicaciones sociales en relación a la distribución del poblamiento (Figs. 16 y 17) ya se ofrecieron al analizar el periodo tardoantiguo en Soria (Dohijo, 2011: 376-379). Allí, uno de nosotros estableció diferencias en relación a la localización de las cuevas con la cercanía o proximidad a vías de comunicación y asentamientos considerados de primer orden. Observamos una variedad de escenarios. Por una parte, en algunas ocasiones se identificaba la ocupación de cavidades situadas cerca de lugares densamente habitados y transitados; otras se localizaban a una relativa cercanía de algunas vías de comunicación, pero mantenían una cierta distancia; y, por último, otras veces parecía existir una intencionada búsqueda de retiro, en parajes recónditos, que podían vincularse a prácticas eremíticas. La misma dependencia de cercanía a la red viaria parece observarse en relación al caso de la cueva de Los Hornucos (Fernández González, 2015: 89 y 2018: 231-232). Por otra parte, poco se ha mencionado sobre



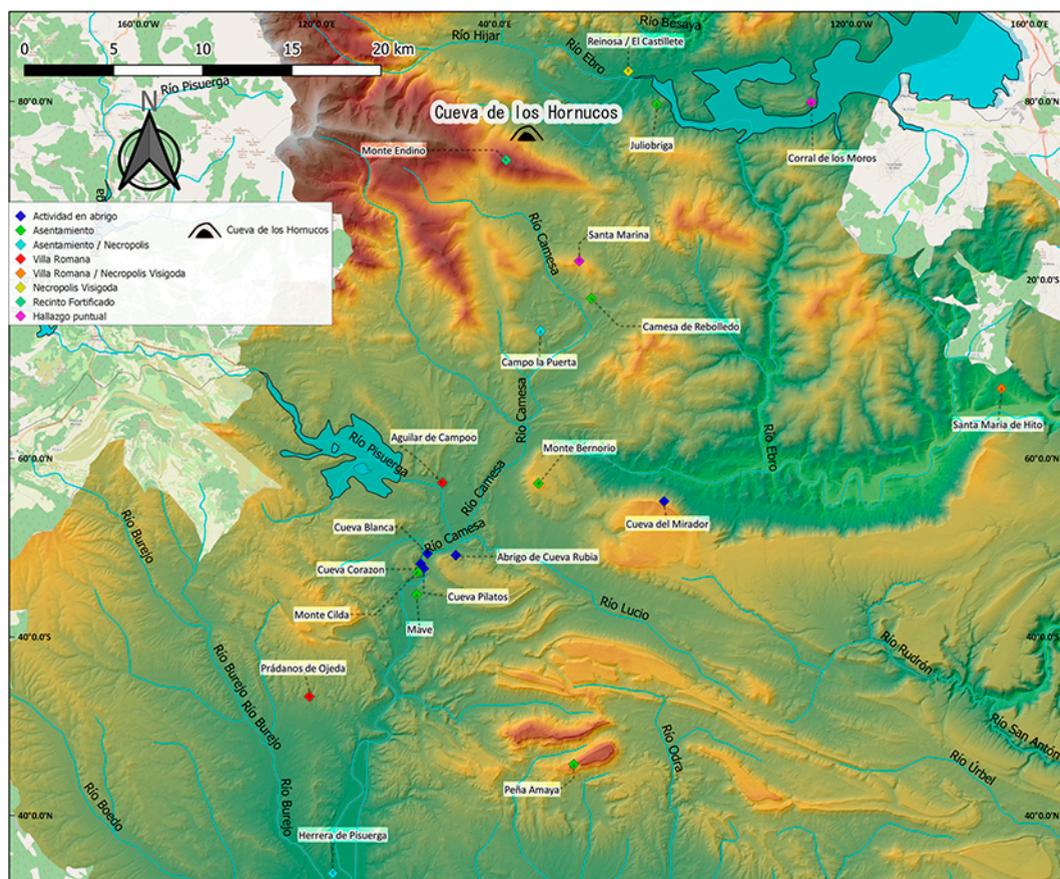


Figura 17. Distribución de yacimientos tardorromanos y tardoantiguos en el entorno de la cueva de Los Hornucos.

Sería interesante investigar, aplicando la metodología de la Arqueología del paisaje, para poder establecer la relación de estos lugares de hábitat en cueva con respecto a las posibles relaciones, sincrónicas y diacrónicas, que pudieran mantener con los asentamientos urbanos y rurales romanos de su zona de influencia.

### Valoración cronológica de la cueva de Los Hornucos

No es fácil poder establecer una cronología precisa para este yacimiento en función de los restos materiales que han llegado hasta nosotros; sin embargo, el proceso histórico en el tratamiento del metal lleva al descubrimiento del Bronce. Tanto la presencia de este material como los escasos restos cerámicos documentados en la cueva nos permiten iniciar la secuencia de su hábitat en la Edad del Bronce. Si en un principio nos resulta difícil distinguir restos del

Bronce Antiguo, no ocurre lo mismo con los materiales asignables al Bronce Medio (horizonte ProtoCogotas) y Final (Cogotas I). Entre los años 1400 y el 870 a. C., podemos ubicar las cerámicas antiguas documentadas y recogidas, tal vez los dos restos de sílex<sup>22</sup> y el hacha plana.

Nada nos ha llegado de materiales arqueológicos asignables a etapas centradas en la Edad del Hierro, y tampoco aquellos asignables a una época cultural cántabra o altoimperial romana.

Por otra parte, la cueva de Los Hornucos se ha tomado como paradigma de la continuidad en el uso del asentamiento entre los momentos tardorromanos y tardoantiguos (Hierro, 2002: 122); siendo destacada su cercanía a los yacimientos más significativos que mantuvieron poblamiento durante el periodo del romano Camesa-Rebolledo (García Guinea et al., 1985; Robles Gómez, 1997) y, especialmente, Juliobriga-Retortillo (Iglesias, 2002); o a yacimientos tardíos/altomedievales, como el del Monte Endino (García Alonso/Bohigas, 2002).

Su clasificación cronológica ha variado según cada investigador. Los argumentos para encuadrar el yacimiento en un periodo u otro han sido dispares, y se han esgrimido dataciones relativas tomando como elementos guía la totalidad de los restos materiales o, por el contrario, solo una parte de ellos. En este último caso, se ha generado un reduccionismo con el fin de sobrevalorar o dimensionar un momento de ocupación o uso frente a otros. Así, de forma general determinados materiales se encuadraron entre los siglos IV-V y principios del VIII. Las terras sigillatas tardías resaltaron la pertenencia a los últimos momentos bajoimperiales, y los broches de cinturón —principalmente— se situaron durante el siglo VII. En todo caso, en ocasiones se produce una simplificación de fechas, al hacer hincapié tan solo en una parte de los argumentos cronológicos: por ejemplo, el promovido por los mencionados broches, ya que el fragmento de placa rígida se situaba entre finales del VI e inicios del VII, y la liriforme entre el VII y comienzos del VIII (Fernández González, 2015: 22). Sin duda, el valor cronológico de estos broches fue desde su descubrimiento (Carballo, 1935b) un referente para encuadrar la fecha de la ocupación, al que se unió el resto de materiales: principalmente la placa de bronce casi cuadrangular, la cucharilla, el posible mango de patena y el cacillo de bronce decorado (Alonso, 1985: 41), pero no fueron los únicos restos tardoantiguos con cronología relativa específica, como hemos descrito anteriormente.

Por otra parte, existe una datación absoluta, a través de termoluminiscencia (TL –UAM–100242T) proporcionada por un fragmento de la gran orza tipo *dolium*, hallada en la cavidad. Su resultado ha sido publicado de diversas formas: como  $680 \pm 93$  (Fernández Vega, 2006: 84)<sup>23</sup>, ó  $1326 \pm 93$  BP (Peña Suárez, 2006: 184; Fernández Vega et al., 2010: 130). Esta disparidad ha originado cierta polémica. Así, Fernández González (2018: nota n.º 7) puntualiza que: “*Resulta difícil interpretar correctamente estas dataciones, pues la información cambia de una publicación a otra, incluso entre los mismos autores. Las fechas de los excavadores no coinciden con las expuestas por*

<sup>22</sup> Tampoco sería descartable la adjudicación de esta muestra de industria lítica al periodo tardoantiguo, en el que se han documentado elementos similares asociados a sistemas para el encendido del fuego (Dohijo, 2007: 147-151; Arribas/Pérez, 2016: 320, fig. 4.5-11).

<sup>23</sup> Fernández González (2015: 22) asigna a Fernández Vega (2006) la fecha de  $679 \pm 93$ .

*Gutiérrez Cuenca en su tesis doctoral, quien dice tener, de mano de uno de los primeros, las referencias completas de los análisis por C14. Este autor corrige las erróneas lecturas de las fechas publicadas en Fernández Vega P. A. et alii 2003, 330 y en Lamalfa Díaz et alii 2008, 209, en las que se interpreta A. D. cuando se lee B. P. Expone que la lectura correcta debe ser, para la muestra que aquí nos interesa, UBAR-737: 1275±45 B. P., en torno a mediados del siglo VIII, ca. 730-750 cal. A. D. (Gutiérrez Cuenca 2015, 294). Nosotros tomamos las referencias cronológicas de Fernández Ibáñez et alii 2016, que retoma la cuestión para aclarar el error, aunque debemos corregir el fallo en la sigla incoherente “a. C.” por “d. C.” Además, la primera referencia UBAR-738 de Fernández Ibáñez et alii 2016, n. 16 debe leerse UBAR-737, publicada correctamente en Gutiérrez Cuenca 2015, 294”. A pesar del equívoco y erratas, la horquilla cronológica parece proporcionar una fecha en la fabricación de la orza entre finales del siglo VI y mediados del siglo VIII, lo que ha permitido “reforzar” la datación tardoantigua del yacimiento (Fernández González, 2018: 231-232) y utilizarse, junto con otras dataciones absolutas, para fechar los hallazgos de determinadas cuevas (Cueva Larga, El Calero II, Cudón y Suano) exclusivamente a partir de las fechas absolutas calibradas (Hierro, 2011: 382).*

## Conclusiones

La cueva de Los Hornucos tuvo y tiene un gran interés arqueológico, en la medida que sirvió para clarificar la ausencia en su interior de actividad y restos de las primeras etapas prehistóricas. Por el contrario, en su interior se documentó la presencia de actividad y restos reales encuadrables en lo que se viene conociendo en la actualidad como Prehistoria Reciente y con posterioridad en la época tardoantigua.

El reestudio y la puesta al día del material que proporcionaron las exploraciones y excavaciones en este yacimiento nos permiten valorar los diferentes contextos de aparición en que se produjeron, confirmando la complejidad en los procesos de uso y ocupación de sus distintos espacios.

No hay constancia de que la cavidad fuese ocupada durante el Paleolítico. En cambio, durante la Prehistoria Reciente se constata que ésta fue utilizada como lugar de enterramiento en su parte más recóndita, al estar asociados varios restos cerámicos con los enterramientos allí encontrados. También se constata, de forma puntual, el uso habitacional de una parte muy concreta: la denominada como “el cenizal”.

Posteriormente, tampoco hay constancia de restos de habitación y utilización en otras épocas hasta el bajoimperio. De ese momento, hay un surtido de objetos singulares, monedas, vidrios y cerámicas que muestran un uso poco definido, relacionado con el hábitat en el lugar. La posición de éstos, solo evidencia que su abandono se produjo antes del momento principal de ocupación de la misma, durante época visigoda. Es en ese momento en el que se identifican una mayor variedad y cantidad de materiales, asociados entre sí al ser hallados en un teórico mismo nivel, a partir del Paso del Sapo en la “Galería del yacimiento”. Corresponden a restos de la indumentaria utilizada a finales del siglo VI y hasta principios del VIII, herramientas agrícolas, de carpintería y cantería, más utensilios propios de la cocina, etc. Su contexto de aparición está desvinculado de la gran cantidad de restos humanos hallados o procedentes de

la “Galería de los Cráneos”, asociados a recipientes de la Edad del Bronce. Mientras que en otras cavidades de la región es indiscutible el uso cementerial durante momentos puntuales de la Antigüedad tardía, en el caso de la cueva de Los Hornucos hay que descartar dicho uso a tenor de los restos y contextos hallados y analizados en el presente estudio.

Estas funcionalidades no difieren de los planteamientos esgrimidos por los primeros investigadores que estudiaron la cueva, en especial con las ofrecidas por Jesús Carballo desde el momento en el que realizó las excavaciones en el año 1935. A través de algunas de las cerámicas estudiadas por R. Bohigas es posible llevar el último momento de ocupación de la cavidad hasta los siglos IX-X, e incluso la presencia de algunos fragmentos cerámicos nos permiten contemplar la perduración de su uso hasta el siglo XII d. C.

Sin duda, el análisis detenido de todo lo anterior nos ha servido para intentar actualizar e interpretar los restos materiales arqueológicos de uno de los asentamientos más peculiares de Cantabria. También somos conscientes, desgraciadamente, de que otros restos no han llegado hasta nosotros y su conocimiento se ha perdido para siempre.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE CRESPO, G. (1990): “Nuevas aportaciones a la Edad del Bronce en Palencia. El hacha plana de las Tuerces”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 61, pp. 92-102.
- ALCALDE CRESPO, G.; RINCÓN VILLA, R. (1979): “El conjunto funerario de Cueva Tino; La Horadada; Mave (Palencia)”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 43, pp. 61-101.
- ALCALDE DEL RÍO, H. (1934): “Varios objetos de los primeros tiempos del cristianismo en la Península”. *Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*. Homenaje a Mérida, I, Madrid, pp. 149-160.
- ALONSO, J.; SABIO GONZÁLEZ, R.; JERÉZ LINDE, J. M. (2019): “Tinteros de bronce romanos de Augusta Emerita”. *Archivo Español de Arqueología*, 92, pp. 251-269.
- ALONSO ÁVILA, Á. (1985): “Indigenismo y visigotismo en la actual Región Cantábrica”. *Altamira*, XLV, pp. 67-92.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J. M.<sup>a</sup> (1972) “La romanización del País Vasco en los yacimientos en cuevas”. *Estudios de Deusto*, XX, 46, pp. 305-310.
- ARRIBAS LOBO, P.; PÉREZ GONZÁLEZ, C. (2016): “La necrópolis tardoantigua de Herrera de Pisuegra (Palencia). Intervención arqueológica en C/ Victorio Macho”. *Oppidum, Cuadernos de investigación*, 18-19, pp. 295-326.
- ARRIBAS MAGRO, M.<sup>a</sup> C. (2016): *Espinosa de los Monteros. Los Montes de Somo y Pas*. Asociación cultural y científica iberoamericana. Madrid.
- AURRECOECHA FERNÁNDEZ, J. (1994): “Los botones de bronce en la Hispania Romana”. *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 157-178.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (2004): “El jarro litúrgico de tipo visigodo de “Galacieso” y la mina de cobre de El milagro”, en Benito Ruano, E. (Coord.) *Sulcum sevit: estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*, Vol. 1, Oviedo, pp. 49-67.

- BOLADO, R. (2012): *Ciento diecisiete años de enseñanza de la Geología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central / Complutense de Madrid (1857-1974)*. Facultad de Ciencias Geológicas. Universidad Complutense de Madrid.
- BOHIGAS, R. (1982a): *Los yacimientos arqueológicos altomedievales del Sector Central de los Montes Cantábricos*. Tesis Doctoral Mecanografiada, 2 vols. Universidad de Valladolid.
- (1982b): *Los yacimientos arqueológicos medievales del Sector Central de los Montes Cantábricos*. T I, Asociación Cántabra para la Defensa del Patrimonio Subterráneo, Monografías Arqueológicas, I. Santander.
- (1986): *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la montaña cantábrica*. Monografías arqueológicas, 1. Santander.
- (2013): “Un ensayo de síntesis sobre la arqueología de la edad media en Cantabria”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 17, pp. 17-158.
- BOHIGAS, R.; CAMPILLO, J.; CHURRUCA, J. A. (1984): “Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos Judiciales de Sedano y Villarcayo”. *Kobie-Paleoantropología y C. Naturales*, 14, pp. 7-91.
- BOHIGAS, R.; CRESPO, L.; TORTAJADA, A. (1981): “La Cueva de Hornucos (Suano, Cantabria) (La circulación hídrica y su evolución)”, *Boletín Cántabro de Espeleología*, 1, pp. 34-35.
- BOHIGAS, R.; MUÑOZ, E.; PEÑIL, J., (1984): “Las ocupaciones recientes en las cuevas”, *Boletín Cántabro de Espeleología*, 4, septiembre, pp. 140-159.
- BOHIGAS ROLDÁN, R.; RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1989): “Las cerámicas medievales de poblado en Cantabria y Palencia”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, pp. 31-51.
- CARBALLO, J. (1935a): “La caverna de Suano (Reinosa)”. *Altamira*, 3, pp. 233-252.
- (1935b): *Diario manuscrito de la cueva de Suano. Campaña 1935*. Santander. Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología.
- (2012): *El paleolítico en la costa cantábrica*. Estudio preliminar de I.Castanedo. Ed.Univ.Cantabria. Santander.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNADEZ MANZANO, J.; FONTANEDA PEREZ, E.; ROVIRA LLORENS, S. (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Monografías Arqueológicas, 3. Zamora.
- DOHIJO, E. (2007): “La necrópolis hispanovisigoda del área foral de Tiermes”. *Pyrenae*, 38-1, pp. 129-162.
- (2011): *La Antigüedad tardía en el Alto Valle del Duero*. BAR International Series 2199. Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe (A.D. 400-1000) Monographs III.
- (2017): “La etnicidad de la ‘gens gothorum spaniae’ y su asociada ‘cultura material’, un posicionamiento y una propuesta como línea de investigación”. *Oppidum, Cuadernos de investigación*, 13, pp. 199-248.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A. (2015): *Evidencias Arqueológicas de la presencia Visigoda en Campoo-Los Valles (574-711 d.C.)*. Trabajo de Máster, Prehistoria y Arqueología, Universidad de Cantabria.
- FERNÁNDEZ VEGA, P. Á. (2006): “De ‘Los Cántabros’ al final de Cantabria: arqueología en siglos oscuros”. En Fernández Vega, P. (Coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana. Catálogo de la Exposición*, Santander, pp. 71-89.
- FERNÁNDEZ VEGA, P. Á.; BOLADO DEL CASTILLO, R.; HIERRO GÁRATE, J. Á. (2010): “Una nueva placa liriiforme procedente del yacimiento arqueológico de Santa Marina (Valdeolea, Cantabria)”. *Kobie-Paleoantropología*, 29, pp. 125-140.

- FRESNEDA, J.; SAGADO, J. M., (2016): *Catálogo de los Coleópteros Leiodidae Cholevinae Kirby, 1837 de la península Ibérica e islas Baleares*. Monografías del Museu de Ciències Naturals, 7.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, Á. (1989): *La necrópolis Tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca), y el problema de las denominadas Necrópolis del Duero*. Cuenca.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, Á.; LÓPEZ QUIROGA, J., (1999): “El poblamiento rural en el Norte de la Península Ibérica (ss. V-X): continuidades, rupturas, transformaciones”. *Historia Agraria*, 17, pp. 221-228.
- GARCÍA ALONSO, M. (1999): “La cerámica de “El Torrejón” de las Henestrosas de Valdeolea. Revisión y nuevas aportaciones”. *Santuola, VI. Estudios en homenaje al prof. Dr. García Guinea*. Santander, pp. 521-539.
- GARCÍA ALONSO, M.; BOHIGAS ROLDÁN, R. (2002): “El recinto fortificado del Monte Endino (Valdeolea- Campoo de Suso, Cantabria). ¿Fortificación tardoantigua reocupada en la Guerra Civil Española?”. *Trabajos de Arqueología en Cantabria*, 5, pp. 261-266.
- GARCÍA CANTALAPIEDRA, A. (1988): *La Biblioteca Popular de Torrelavega (1927-1937)*. Santander
- GARCÍA GUINEA, M. Á.; ROBLES, J. M.; PÉREZ, C.; PUENTE, M. Á.; PEÑIL, J.; ILLARREGUI, E. (1985): “El yacimiento arqueológico de Rebolledo-Camesa (Valdeolea, Cantabria), campañas 1981-82”, *Santuola, IV*, Santander, pp. 197-310.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1966) y (1986): *Los cántabros*. Santander.
- (1969): *Orígenes del cristianismo en Cantabria*. Santander.
- (1998) *Cantabria en la transición al Medievo: los siglos oscuros, IV-IX*. Ed. Estudio. Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; GARCÍA GUINEA, M. Á. (1963): *Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander*. Guías de los Muesos de España, XV. Ministerio de Educación Nacional.
- GUERRA DE VIANA, D. (1996): “Huellas Visigodas en el Sur de Cantabria”. *Cuadernos de Campoo*. 5, pp. 9-16.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E.; HIERRO GÁRATE, J. Á. (2007): “El uso de las cuevas de Piélagos entre la época romana y la Edad Media. Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos”. *Actuaciones espeleológicas 1986-2003*. 11, Santander, pp. 127-137.
- (2012a). “Nuevas evidencias sobre el uso de las cuevas de Cantabria durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Primeros resultados del proyecto “Mauranus”. *Santuola*, XVI-XVII, pp. 255-272.
- (2012b): “El uso de las cuevas naturales en Cantabria durante la Antigüedad Tardía y los inicios de la Edad Media (Siglos V-X d. de C.)”. *Kobie (Paleoantropología)*, 31, pp. 175-206.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E.; HIERRO GÁRATE, J. Á.; RÍOS GARAIZAR, J.; GÁRATE MAIDAGAN, D.; GÓMEZ OLIVENCIA, A.; ARCEREDILLO ALONSO, D. (2012): “El uso de la cueva de Arlanpe (Bizkaia) en época tardorromana”. *Archivo Español de Arqueología*, 85, pp. 229-251.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2010): “Arqueología tardoantigua en Asturias. Una perspectiva de la organización territorial y del poder en los orígenes del reino de Asturias”. En Ruiz de la Peña, J. I.; Camino Mayor, J.: *La Carisa y La Mesa. Causas políticas y militares del origen del Reino de Asturias*. Oviedo, pp. 58-83.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (2008): *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Studia Archaeologica, 95. Valladolid.
- HIERRO GÁRATE, J. Á. (2002): “Arqueología de la Tardoantigüedad en Cantabria: yacimientos y hallazgos en cueva”. *Nivel Cero*, 10, pp. 113-128.
- (2011): “La utilización sepulcral de las cuevas en época visigoda: los casos de Las Penas, La Garma y El Portillo del Arenal (Cantabria)”. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 62, pp. 351-402.

- HOYOS SAINZ, L. (1940): “La cueva de Suano, Santander. Estudio General y antropológico”. *Revista de la Universidad de Oviedo*, 1, marzo. (Con la colaboración de URÍA Y RÍU, J.), pp. 103-134.
- IGLESIAS GIL, J. M. (ed.) (2002): *Arqueología en Iuliobriga (Retortillo, Campoo de Enmedio, Cantabria)*. Santander.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1985): *Terra Sigillata Hispánica Tardía. Decorada a molde de la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- LUQUE C. G.; LABRADA, L. (2016): “La fauna subterránea de las cuevas de Altamira (España). Consideraciones para la conservación del arte rupestre clasificado Patrimonio Mundial”. *Boletín de la Real. Sociedad Española de Historia Natural, Sección Biología*, 110, pp. 93-120.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E.; MALPELO GARCIA, B. (1992): *Carta Arqueológica de Camargo*. Santander.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E.; RUIZ COBO, J.; GARCÍA GÓMEZ, P. (2009): “Arqueología de la Tardoantigüedad y del alto medievo en el valle del Asón”. *Sautuola*. XV, pp. 365-408.
- NAVARRO MORENES, C. (1934): “La cueva prehistórica de Suano. Reinosa”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas*, 42, pp. 224-232.
- OUTERRELO, R.; GAMARRA, P.; SALGADO, J. M. (1998): “Los staphylinidae (Coleoptera) cavernícolas del noroeste de la península Ibérica”. *Mémoires de Biospéologie*, 25, pp. 11-137.
- PALOL Y SALELLAS, P. DE (1950): *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo. I Jarritos y pátenas litúrgicos*. C.S.I.C. Barcelona.
- PENEDO COBO, E.; MORÍN DE PABLOS, J.; BARROSO CABRERA, R. (2001) “La ocupación romana e hispanovisigoda en el arroyo Culebro (Leganés)”. En Oñate Baztán, P, (Coord.): *Vida y muerte en Arroyo Culebro (Leganés): exposición del 4 de diciembre de 2001 al 31 de marzo de 2002*. Museo Arqueológico Regional (Alcalá de Henares, Madrid), pp. 127-186.
- PEÑA SUÁREZ, R. (2006): “Perfil de orza. Cueva de Los Hornucos, en Suano (Campoo de Suso, Cantabria)”. En Fernández Vega, P. (Coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana. Catálogo de la Exposición*, Santander, p. 184.
- PEÑIL MÍNGUEZ, J.; PÉREZ SÁNCHEZ, J. L.; MUÑIZ CASTRO, J. A.; BOHIGAS ROLDÁN, R. (1989): “Nuevos testimonios funerarios medievales en la zona meridional de Cantabria: Celada Marlantes, Hormiguera, Suano y Villaescusa”. *III Congreso de Arqueología medieval española*. Vol.2.Oviedo, pp. 500-505.
- PÉREZ GONZÁLEZ C.; ARROYO RODRÍGUEZ, L. A. (2018): *Sotobañado y Priorato, espacio habitado*. Palencia.
- PÉREZ GONZÁLEZ C.; ILLARREGUI, E. (1997): “El siglo IV en la antigua Cantabria según la evidencia material”. *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*, Vol. 2, pp. 615-628.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. (1999): “Cueva Pradillos. Una cueva del Bronce Antiguo en el Cañón de la Horadada (Mave, Palencia)”. *Sautuola*, VI. *Estudios en homenaje al prof. Dr. García Guinea*. Santander, pp. 257-263.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. J. (1992): “La provincia de Soria durante la Romanidad Tardía”. *II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1989, pp. 959-965.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J.; COS SECO, M. Á. DE (1985): “Los restos visigodos de El Castillete (Reinosa, Cantabria)”, *Sautuola*, IV, Santander, pp. 311-327.
- REQUEJO PAGES, O. (2000): “Primera necrópolis tardía en el territorio de los *Astures transmontani*: El yacimiento de Paredes de Siero (Principado de Asturias, España)”. *Arqueología da Antigüidade na península Iberica. Actas do 3º Congreso de Arqueología Peninsular*. Vol.VI. Oporto, pp. 513-534.
- RINCÓN VILA, R. (1985): “Las culturas del metal”. En García Guinea, M. Á. (Dir.), *Historia de Cantabria. Prehistoria. Edades Antigua y Media*. Estudio. Santander, pp. 144-147.

- RIPOLL LÓPEZ, G. (1991): *La ocupación visigoda en época romana a través de sus necrópolis (Hispania)*. Barcelona. Publicacions Universitat de Barcelona. Col·lecció de tesis doctorals microfityxades, 912.
- (1998): *Toreútica de la Bética (Siglos VI y VII d.C.)*. Reial Acadèmia de Bones Lletres. Barcelona.
- ROBLES GÓMEZ, J. M. (1996): “De Juliobriga a Octaviolca”. *Cuadernos de Campoo*. 10, pp. 13-22.
- SERNA GONZÁLEZ, M. R. (1983-1984): “El puñal de Hinojedo (Santander) y algunas consideraciones sobre la edad de Bronce en Cantabria”, *Pyrenae*, 19-20, pp. 261-270.
- TOBALINA PULIDO, L. (2010-2012): “Arqueología del cristianismo de la antigüedad tardía en Cantabria: hacia un estado de la cuestión”. *Santuola*, XVI-XVII, pp. 241-262.
- VEGA DE LA TORRE, J. R. (1985): “La romanización”, En García Guinea, M. Á. (Dir.), *Historia de Cantabria. Prehistoria. Edades Antigua y Media*. Estudio. Santander, pp. 243-275.
- (1991): “Cantabria en el Bajo Imperio. (Lo que dicen las evidencias arqueológicas)”, *Actas del I Curso de Cultura Medieval*, Aguilar de Campoo, pp. 151-160.